

Albert Londres

-ENTRE LOS LOCOS-



Programa Editorial

**PÁGINA EN BLANCO  
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

# **-ENTRE LOS LOCOS-**



Colección Artes y Humanidades

Albert Londres es un referente de primerísima importancia en la historia del reportaje. Muerto en 1932, su vida productiva transcurrió pues en los albores de ese género maravilloso que es el reportaje. A a fecha de su fallecimiento, en el incendio del barco que lo transportaba a Francia después de un extenso trabajo en China, había publicado 11 libros de reportajes y un incalculable número de artículos dispersos en muchos periódicos. Entre los locos fue publicado en 1925. Representa una prueba de la madurez productiva de Londres: sedimentada su técnica, madura su visión del mundo, purificada su ética, elaborado su estilo, configurado el perímetro de su autonomía.

“Entre los locos” es un relato desgarrador acerca de las condiciones de vida de los locos en los asilos en la Francia de los años veinte del siglo pasado. ¿Por qué publicar hoy una traducción de un libro así, 87 años después de su aparición? Quizás un hecho bastaría para explicarlo: en los años 2003 y 2004, estudiantes de mi curso de escritura en la Escuela de Comunicación Social de la Universidad del Valle, donde soy docente, escribieron una serie de reportajes sobre las condiciones de los locos en el Hospital Psiquiátrico “San Isidro” de Cali. Lo que ellos, tan sensibles, contaron fue estremecedor. Nadie más desprotegido que los locos, nadie más abusado que los alienados, nadie más desvalido que los enfermos mentales. Son seres despreciados y perdidos, abandonados e inermes. La relación con el personal tratante es desequilibrada, en particular con los médicos –quisiera creer que no todos-. Con los locos se hace lo que a la gente le venga en gana. Su pasado es inatrapable, su presente es una pesadilla, su futuro es inexistente. Son cosas estáticas que, en ocasiones, miran hacia una indescifrable turbulencia interior.

La coincidencia con lo que Londres narra en su libro, a quien yo había leído recientemente, era extraordinaria: la misma infamia, el mismo desamparo, la misma violencia, la misma orfandad. Pensé entonces que este libro debía ser traducido y publicado puesto que reunía, desgarradoramente, sin perder nada de su vigencia y con una escritura límpida, la esencia de los muchos problemas que, de manera fragmentada, mis estudiantes habían encontrado en Cali, tantos años después.

El propósito de la publicación de este libro es, ante todo, el de llamar la atención acerca de un hombre que ejerció el oficio de reportero con una dignidad insobornable, defendiendo a ultranza su autonomía con respecto al poder, empresarial y político, poniéndose del lado de los débiles e indefensos, y que siempre escribió como si en cada palabra se jugara la vida entera pues la eficacia y la belleza del reportaje pasaban, según él, por la calidad literaria de la escritura. Un hombre de suma importancia para quienes cultivamos el reportaje no como un género del periodismo sino como un género de la literatura. Un hombre, no obstante su elevadísima dimensión, tan injustamente desconocido entre nosotros.



Universidad  
del Valle

Hernan Toro

Albert Londres

**-ENTRE LOS LOCOS-**

Traductor  
Hernán Toro



Colección Artes y Humanidades

Londres, Albert, 1883-1932.

Entre los locos / Albert Londres. -- Santiago de Cali : Programa Editorial Universidad del Valle, 2012.

140 p. ; 22 cm. -- (Colección Artes y Humanidades)

1. Locura - Reportajes 2. Locura - Cuidado y tratamiento

3. Periodismo investigativo 3. I. Tít. II. Serie.

616.8 cd 21 ed.

A1376050

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

## **Universidad del Valle**

### **Programa Editorial**

Título: Entre los locos

Autor: Albert Londres

Traductor: Hernán Toro

ISBN: 978-958-765-035-8

ISBN-PDF: 978-958-5156-79-1

DOI: 10.25100/peu.471

Colección: Artes y Humanidades - Comunicación Social

**Primera Edición Impresa noviembre 2012**

Rector de la Universidad del Valle: Édgar Varela Barrios

Vicerrector de Investigaciones: Héctor Cadavid Ramírez

Director del Programa Editorial: Omar J. Díaz Saldaña

© Universidad del Valle

© Albert Londres

Diseño de carátula y diagramación: Hugo H. Ordóñez Nievas

Este libro, o parte de él, no puede ser reproducido por ningún medio sin autorización escrita de la Universidad del Valle.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión del autor y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad del Valle, ni genera responsabilidad frente a terceros. El autor es el responsable del respeto a los derechos de autor y del material contenido en la publicación, razón por la cual la Universidad no puede asumir ninguna responsabilidad en caso de omisiones o errores.

Cali, Colombia, octubre de 2020

## CONTENIDO

INTRODUCCIÓN.....	11
CAPÍTULO 1 DONDE NADIE QUISO SABER DE MÍ.....	15
CAPÍTULO 2 EL LOCO TOCA A MI PUERTA.....	21
CAPÍTULO 3 UN PABELLÓN DE EXALTADOS.....	27
CAPÍTULO 4 CON ESTAS DAMAS.....	33
CAPÍTULO 5 LA COMIDA DE LAS FURIAS.....	41
CAPÍTULO 6 UNA NOCHE.....	47
CAPÍTULO 7 LOS PERSEGUIDOS.....	55
CAPÍTULO 8 LOS SEÑORES DEL DOCTOR DIDE.....	61
CAPÍTULO 9 EL ARMARIO DE CEREBROS.....	67

CAPÍTULO 10	
SE HAN BURLADO DE PINEL .....	69
CAPÍTULO 11	
DÍA DE VISITA .....	75
CAPÍTULO 12	
CUATRO DAMAS ELEGANTES .....	83
CAPÍTULO 13	
SEÑORITA SUZANNE .....	89
CAPÍTULO 14	
LA FERIA DE LA LOCURA .....	91
CAPÍTULO 15	
EL PROVEEDOR DE LOS GRANDES ALMACENES .....	99
CAPÍTULO 16	
LOS QUE HAN MATADO .....	103
CAPÍTULO 17	
LA SEÑORA GASTON SALE DE PASEO A LA CIUDAD .....	109
CAPÍTULO 18	
LOS HERMANOS DE LA DROGA .....	111
CAPÍTULO 19	
ISOARD ESTÁ CURADO .....	115
CAPÍTULO 20	
¡OH PSIQUIATRÍA! .....	119
CAPÍTULO 21	
DONDE EL SEÑOR PSIQUIATRA .....	125
CAPÍTULO 22	
FIN .....	131
REFLEXIONES .....	133

—¿Si fuera a las prisiones?  
—Vaya.

Ocho meses más tarde:  
¿Si partiera para Biribi?  
Parta.

Al regreso de Biribi:  
¿Si trabajara lo de los locos?  
Hágale.

Así me respondía Élie-Joseph Bois,  
Gran capitán de nosotros, los reporteros.

Que acepte el homenaje de este libro.

A. L.

**PÁGINA EN BLANCO  
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

## INTRODUCCIÓN

Albert Londres murió en 1932. A esa fecha, había publicado 11 libros de reportajes y un incalculable número de artículos dispersos en muchos periódicos. *Entre los locos* fue impreso en 1925, y aunque sólo había sido precedido de dos obras suyas, este libro representa ya una prueba de la madurez productiva de Londres: sedimentada su técnica, madura su visión del mundo, purificada su ética, elaborado su estilo, configurado el perímetro de su autonomía. Este libro, como muchos de Londres, fue una reelaboración de reportajes diversos que él, a lo largo de un cierto tiempo, había enviado a París, centrados todos en torno a un mismo tema desde los lugares donde efectuaba su investigación. La reelaboración le permitía entonces complementar sus ideas con base en una información más consistente, imposible de conseguir plenamente en los lugares donde se originaban los reportajes dadas las condiciones de las comunicaciones de entonces.

“Entre los locos” es un relato desgarrador acerca de las condiciones de vida de los locos en los asilos en la Francia de los años veinte del siglo pasado. ¿Porqué publicar hoy una traducción de un libro así, 87 años después de su aparición? Quizás un hecho bastaría para explicarlo: en los años 2003 y 2004, estudiantes de mi curso de escritura en la Escuela de Comu-

nicación Social de la Universidad del Valle, donde soy docente, escribieron una serie de reportajes sobre las condiciones de los locos en el Hospital Psiquiátrico “San Isidro” de Cali. Lo que ellos, tan sensibles, contaron fue estremecedor. Nadie más desprotegido que los locos, nadie más abusado que los alienados, nadie más desvalido que los enfermos mentales. Son seres despreciados y perdidos, abandonados e inermes. La relación con el personal tratante es desequilibrada, en particular con los médicos –quisiera creer que no todos–. Con los locos se hace lo que a la gente le venga en gana. Su pasado es inatrapable, su presente es una pesadilla, su futuro es inexistente. Son cosas estáticas que, en ocasiones, miran hacia una indescifrable turbulencia interior.

Ahora bien, la coincidencia con lo que Londres narraba en su libro, a quien yo había leído recientemente, era extraordinaria: la misma infamia, el mismo desamparo, la misma violencia, la misma orfandad. Pensé entonces que este libro debía ser traducido y publicado puesto que reunía, desgarradoramente, sin perder nada de su vigencia y con una escritura límpida, la esencia de los muchos problemas que, de manera fragmentada, mis estudiantes habían encontrado en Cali, tantos años después. Pero quise saber más de Londres, y gracias al apoyo de la Universidad del Valle y de su Programa Editorial, inicié un trabajo de un cierto aliento que contempló, entre otras, la traducción del libro. Me entrevisté en París con el amable señor Henri Amouroux, Presidente entonces del jurado del Premio *Albert-Londres*, discutí con ganadores de este mismo premio, hablé con funcionarios de la Fundación que lleva su nombre, visité durante dos días Los (sagrados) Archivos Nacionales de Francia para consultar documentos relativos a Londres y, en particular, a la obra que estaba traduciendo. La temporalidad de los procesos es larga: ocho, nueve años después de aquel encuentro con Londres, aparece el libro.

Pero no fue sólo eso. El propósito de este trabajo, para decirlo en pocas palabras, ha sido el de llamar la atención acerca de un hombre que ejerció el oficio de reportero con una dignidad

insobornable, defendiendo a ultranza su autonomía con respecto al poder, empresarial y político, poniéndose del lado de los débiles e indefensos, y que siempre escribió como si en cada palabra se jugara la vida entera pues la eficacia y la belleza del reportaje pasaban, según él, por la calidad literaria de la escritura. Un hombre de suma importancia para quienes cultivamos el reportaje no como un género del periodismo sino como un género de la literatura. Un hombre, no obstante su elevadísima dimensión, tan injustamente desconocido entre nosotros.

Dos frases finales: como traductor, quise respetar el espíritu de Londres y, sobretudo, el estilo de su escritura: rítmico, de frases cortas, redondas, sangrantes, como persistentes *jabs* verbales. Y, deliberadamente, me negué a dar la versión en castellano de nombres propios: ¿“Muelle del reloj” por “Quai de l’horloge”? disuena.

Hernán Toro  
Cali, noviembre de 2012

**PÁGINA EN BLANCO  
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

## Capítulo 1

### DONDE NADIE QUISO SABER DE MÍ

Aunque no soy loco, al menos no lo parezco, quise ver la vida de los locos. Pero la Administración francesa no se puso nada contenta. Me dijo: “Ley del 38, secreto profesional, usted no verá la vida de los locos.” Fui a buscar a algunos ministros, pero los ministros no quisieron ayudarme. Sin embargo, uno de ellos tuvo una idea: “Yo haré algo por usted si usted hace algo por mí: someta sus artículos a la censura.” Todavía le estoy huyendo.

Fui a ver al Prefecto de la Seine. Un hombre bastante cortés:

—Gracias a mí, me dijo, usted podrá visitar las cocinas y la alacena.

Temí que me mostrara también las tejas del techo. Entonces me fui.

Me dirigí a los médicos de los asilos.

Me fulminaron:

—¿Cree usted— me dijo uno de ellos, que nuestros enfermos son animales raros?

Me había confundido con un domador. Con él bastaba.

Entonces creí que sería más cómodo ser loco que periodista. ¡Voy a la enfermería especial del asilo, me dije, con seguridad me dejarán guardado!

Me dirigí entonces al quai de l' Horloge.

El local no era nada atractivo, parecía la crujía de un viejo carguero fuera de servicio. El mareo ya aparecía en el horizonte. Estaba limpio pero olía a vieja bodega de barco. Lo grave era la limpieza. Se habría podido suponer que una vez barrido habría estado mejor. A este corredor daban celdas con ventanas como ojos de buey. Las tres primeras estaban ocupadas, la cuarta parecía vacía, ¡había una posibilidad!

¡Catástrofe! ¡Yo conocía al doctor: Clerembault! Habíamos intercambiado ideas casi definitivas, muchos años atrás, juntos, en los muelles de Salónica, en los tiempos heroicos.

—¡Buenos días! ¡¿Qué necesita?! ¿Está enfermo?

Era siniestro.

—No tanto— dije.

—¿Le molesta el panorama? Aquí tenemos gente muy bien: profesores, artistas, hombres de mundo. ¡Nuestros clientes a menudo poseen bellos apartamentos en la ciudad! Inclusive hay uno que recibió la Legión de Honor en esta celda. Había estado haciendo piruetas el día anterior entre las cinco y las siete en la vía pública. ¿Eso no le sugiere nada?

—¿Qué gente tiene hoy para ofrecerme de compañeros?

No había nada de alta alcurnia; alcohólicos alucinados, un desgraciado *clásico* que quería ver el nuncio papal con el fin de transmitirle una comunicación urgente de Cristo, un verdadero padre de familia (ocho niños) que ofendido con razón por no haber recibido un premio Cognacq, fue a los almacenes del mencionado Cognacq a reclamar un abrigo, al menos, para su último hijo, de edad baja —dado que hacía tanto frío, había agregado.

—¿Usted está loco?

—¿Por qué no?

El doctor me condujo a una celda abullonada.

—¿Le parece bien?

—Me sirve.

—Voy a pensarlo.

—¡Adiós!— me dijo Clerembault mientras me devolvía el sombrero, vaya a que lo encierren en otra parte.

¿Dónde?

Francia cuenta con ochenta inmuebles oficiales para sus locos, que se llamen asilos departamentales, asilos privados, que cumplan funciones de asilos públicos o asilos autónomos. Además, los franceses tenemos el honor de poseer un establecimiento *nacional* bautizado Saint-Maurice, que responde de preferencia al nombre de Charenton. Nuestra riqueza se incrementa con trece hospicios, que no deben nada a nadie. Por añadidura, toda la gama de “casas de salud” acude en nuestro auxilio. Se encuentran las casas de salud mixtas, es decir aquellas que en el pabellón de la derecha opera la ley del 38 y en el pabellón de la izquierda no opera nada. ¿Usted pregunta si esta ley es la de 1600, 1700 o 1838? Eso no tiene ninguna importancia. En materia de leyes, andamos a más de un siglo de distancia. Están las casas de salud libres, las casas de hidroterapia. Están los sanatorios donde “donde no se admiten alienados”. Lo dicen los prospectos informativos. La cosa no es completamente falsa. En efecto, cuando una persona se enferma de una misteriosa enfermedad y no tiene plata, esa persona está loca. ¿Posee una fortuna discreta? Está enferma. Pero si esa misma persona tiene cómo pagarse los costos del sanatorio, no es más que una ansiosa.

“Voy a ir a Sainte-Anne— me dije. He oído hablar de un tal *servicio abierto* que me servirá para lo que busco.”

Llego a Sainte-Anne.

“Pabellón de profilaxis mental, doctor Toulouse.” Aquí es.

A pesar de todo, este servicio abierto es una buena invención. Antes, los pobres “chiflados” no tenían elección posible: o

arrastrar sin esperanza su “chifladura” en la vía pública o hacerse enclaustrar en un asilo. ¡Hoy en día es un verdadero sueño! Uno viene aquí desde el momento en que siente el espíritu un poco turbado. Calefacción central. Enfermeras frescas y bien alimentadas. Uno no se aburre ni un segundo.

¿De hecho, por qué este servicio debió esperar la llegada del doctor Toulouse para existir? Hasta ahora uno tenía derecho a sufrir del hígado, del bazo y de los otros órganos suplementarios o esenciales. Estaba prohibido sufrir del encéfalo. O había que dirigirse primero al comisario de la policía. ¡Había que tener certificados para ser considerado loco! Hoy en día lo único que tiene uno que hacer es empujar la puerta. Y le dicen a uno con suavidad:

—¿Qué le pasa, hijo mío? ¿Quiere usted que lo cure?

¡Es sorprendente! ¡La administración debería encontrar eso escandaloso!

Me siento. A pesar de haberme levantado antes del alba, no pude llegar sino de quinto. ¡Siempre hay otros más locos que uno! El primero era un señor que miraba detenidamente la suela de su zapato izquierdo. Un cuarto de hora después la seguía mirando. ¡Sin embargo, era una suela normal! Una pareja ocupaba la segunda y la tercera sillas. Uno de los dos traía al otro: ¿cuál? La cuarta era una señora que lloraba sin ruido y sin pañuelo. Sus lágrimas se estiraban sobre sus mejillas y caían abandonadas sobre su falda negra. Una nueva pareja entró. Tomaron un lugar después de mí. La muchacha se quitó el sombrero y se lo colocó encima de sus rodillas, luego volvió a ponérselo en su cabeza, luego lo volvió a poner en sus rodillas, etc. Su marido se apoderó del sombrero y, con un gesto de persona razonable, lo inmovilizó bajo su brazo.

Los clientes fluían. Cien mil enfermos de esta “enfermedad” circulan en París. Se requieren no uno sino veinte servicios.

La muchacha retomó su sombrero y recomenzó su juego cu-

briendo alternativamente su cabeza y sus rodillas. Por fortuna su sombrero se cayó. Rápidamente su marido le puso un pie encima y no se movió más.

Allá, al fondo, apareció el que manda, el doctor Toulouse. No ha llegado el día en que uno vea al doctor Toulouse sin su uniforme. Viene con otro doctor, que se llama Pierre Dominique. Es el autor de *Notre-Dame de la Sagesse*. ¡Ah! ¡Los conozco bien a ambos! ¡Ojalá no me reconozcan!

Entra una mujer. Está emocionada. Lleva a un niño de la mano y llora. Busca con la mirada a quién confiar el niño.

—¿Me lo puede usted tener un minuto?

¿Por qué yo? La mujer desaparece.

Yo no sé cuidar niños; pero voy a aprender.

—¿Estás enfermo, cariño?

—¡Yo no, es mi abuela!

—¿Qué tiene?

—Está loca.

—¿Dónde está?

—En el segundo piso.

La mujer reaparece. Lloro más fuerte.

—¡Con tal de que no “*me*” la pongan al frente!— me dijo con un tono como si yo estuviera al corriente de sus historias de familia.

“Al frente” es Sainte-Anne.

—Mi marido me dijo: “Haz lo que quieras, es tu madre. ¿Pero qué tal si prende fuego a la casa y quema a mis hijos?” ¡Es horrible, señor! ¿Usted también viene por un familiar?

—No, señora, vengo por mí mismo.

Sus ojos, deshechos por las lágrimas, se quedaron inmóviles. Me arrancó al niño. De pronto me sentí peligroso para la

sociedad.

¡Falsa alegría!

Mi turno llegó.

Los médicos me palparon con suavidad.

Miraron mis pupilas hasta sus más remotas profundidades. Con un martillito, lindo como un juguete, me golpearon la rodilla. Finalmente me dijeron:

—¿Usted? ¿Enfermo? ¿Está usted loco?

—¡Sí, por supuesto!

—Queremos decir: usted está loco de creerse loco. ¿O quizás quiere usted burlarse de nosotros?

Falló. Tocaré encontrar otro truco. Lo mejor será, creo, ser un poco menos loco y un poco más periodista.

## Capítulo 2

### EL LOCO TOCA A MI PUERTA

Alguien tocó mi puerta con golpes vigorosos y desordenados.

—¡Entre!

Esto ocurría al final de una tarde, hacia las seis. La puerta se entreabrió, un hombre dejó ver su cabeza. Al comienzo sólo vi su cabeza.

—¡Bueno, entre!

El hombre me tendió un sobre en el que estaba escrito mi nombre.

—¿Es usted?

—Sí, sí.

El hombre manifestó una alegría salvaje. Tenía bajo el brazo una monumental carpeta que puso sobre el piso. No viendo dónde colgar su sombrero, lo lanzó con un gesto seguro hasta la parte superior de un armario.

—¡Estoy feliz!— dijo. ¿Usted no me pregunta cómo encontré su dirección? No está en los directorios telefónicos, usted sabe. Es un error. Hágase inscribir en los directorios del año próximo. Le economizará plata a pobres diablos como yo. Desde anteayer gasté treinta siete francos para descubrir dónde vivía usted. Y ni siquiera le hablo de mis zapatos. Vengo de Niza a pie, para verlo. ¡Hola!

El hombre desabotonó su abrigo. Estaba desnudo hasta el ombligo.

—¿Tiene usted un poco de agua de Colonia? ¿Sólo un poco?

Reunió sus dos manos en forma de copa. Le vertió agua de Colonia. Se la frotaba en la cara y en el pecho.

—¡Deme más!— decía. ¡Más!

De pronto vio un canapé en un rincón.

—¡Ah!, dijo. ¿Me permite?

Se acostó. Libros y viejos periódicos le rellenaban las costillas por debajo. No le molestaba. Cerró los ojos y me dijo:

—Estoy agotado. Me inocularon once enfermedades. Puedo morir aquí súbitamente. Por eso le pido un cuarto de hora de reposo. Después le regalaré el asunto más formidable de la época. No tenga temor. No perderá su tiempo.

Abrió los ojos.

—¿Dónde está mi carpeta? Bueno. Si usted sale mientras yo duermo, guárdela en su caja fuerte. La policía de Londres pagaría por esta carpeta veinte mil libras esterlinas y no estaría siendo robada. Hasta luego. No me despierte, pero puede fumar. Su agua de Colonia no huele mal.

Cerró los ojos y roncó.

El hombre aparentaba cuarenta y seis años y era flaco.

Esto decía la carta que me había entregado: “Mi querido colega, le remito al señor Manikoff. Lo escuché durante seis horas. Creo que la importante historia que él me contó le interesará mucho, etc., etc. G.A. de *L'Éclaireur de Nice*.”

¡No se trataba de una broma pesada!

El tal Manikoff seguía roncando.

A las siete le pellizqué el hombro.

—¿Qué? ¡Ah! ¡Sí! Estoy a sus órdenes. ¿Tiene un poco de agua de Colonia?

—Hay que desocupar, amigo mío, tengo que irme.

—¿Las siete? Si usted me escuchara sin molestarme, terminaría mi relato a las cuatro de la mañana.

—Hoy están las oficinas cerradas. Tiene que irse.

Se levantó ofendido, abotonó su abrigo.

—¿Y el sombrero?— preguntó.

El sombrero se encontraba encima del armario. Lo hice caer con la punta de mi bastón. Manikoff se lo puso, recogió su carpeta.

—Caramba, dijo, tengo cita a las ocho con el jefe de la policía de Londres. ¡Hasta la vista!

—¡Hasta la vista!

—Deme solamente diez francos como adelanto de lo que gasté para encontrar su dirección. Gracias. Adiós.

Al día siguiente estaba sentado en la séptima grada de mi escalera.

—Rebajé el tiempo, dijo, cuatro horas me bastarán, el más grande asunto de la época. Usted va a comprender por qué algunos barcos se hunden en el puerto, por qué algunas religiosas de Constantinopla inyectaron la peste negra a mi hija rubia, por

qué mi espléndida esposa, bella como la virgen de Kazan, fue raptada en Sofía a los acordes del acordeón...

—¡Adiós!

—¡Adiós! Deme diez francos, sólo me quedará debiendo diecisiete.

Durante una semana fue a la única persona que vi en el hotel. Causaba pánico en todos los pisos. Lo llamaban *mi loco*. El portero me dijo: “¡Devuélvale sus diecisiete francos para no verlo más!” Yo encontraba bajo mi puerta palabras de este tenor: “Usted se niega a hacer su fortuna y la de su periódico, los franceses serán siempre los franceses. Un estafador genial, fuerte como Napoleón, pone en cintura a Occidente y al Medio Oriente. Tengo su nombre”. Una vez le trajo a la empleada del piso una piel de conejo “para que le organizara sus pantuflas de invierno” y luego desapareció.

Un día los periódicos publicaron esta nota: “Un tal Manikoff, internado en el asilo de Bourg, hizo revelaciones al Procurador de la República sobre el asesinato del ingeniero Duftoy, ocurrido en la línea Paris-Versalles.”

¡Mi amigo Manikoff, el ruso, llegando de Moscú por Constantinopla-Sofía-Niza-París, ir a hacerse encerrar en Bourg!

Y partí a través de Francia a ver los locos.

—Caramba, me dije, ¿y si en lugar de navegar con todas las luces apagadas (para no ser torpeado por la Administración), como lo hacía en la región de Lyon, fuera a visitar a mi viejo hermano Manikoff? Partí entonces en dirección de Bourg-en-Bresse.

Llego. Me dirijo a Saint-Georges (el asilo). Pido hablar con Manikoff. Me responden: “¡Cómo no!”. El doctor me precede, un guardián abre puertas. Manikoff debe encontrarse en la enfermería.

Estamos en la sala. Son dos docenas, todos en la cama, notablemente tranquilos. Busco a mi Manikoff. Por ningún lado veo su cara.

—¡Buenos días!— escucho que me gritan.

¡Es él quien me reconoce! Tenía barba y una gorra de algodón. Uno no podría decir qué era más gris y más largo: o su barba o su gorra.

—¡Manikoff, usted es una persona ruin!

—Yo, a quien mi soberbia mujer llamaba su marido admirable, sí, soy ruin, al menos hasta hoy.

—Sabe usted, dijo el doctor, que su amigo Manikoff quiso escaparse, que fomentó un complot. ¡Ah! ¡Es un vivo!

—¿De quién habla usted?

—¿Quiere hablar a su amigo?— dijo el doctor.

—Sí, a él solo.

El doctor no vio inconveniente y salió con el guardián.

—¡¿Vio usted, mi viejo?!— le digo triunfante. Le había advertido que usted estaba “tocado”.

—Libre, estaba excitado; encerrado, estoy tranquilo; no juzgue entonces por las apariencias.

—¿Pero cómo llegó usted a Bourg-en-Bresse?

—Por Saint Crepin, patrón del cuero (!). Se lo tengo que contar. Un día, pensando en usted, me dije: “Tengo que dejarlo tranquilo.” Yo tenía la dirección de un Inglés. Voy donde el Inglés. Me escucha cinco minutos, saca su reloj y me dice, con tono magistral: “Vuelva a pasar a las seis.” Recojo mi carpeta de veinte mil libras esterlinas y parto. Vuelvo a las seis. Apenas había yo franqueado la reja de su jardín cuando dos hombres surgieron de la oscuridad, se lanzaron sobre mí y me ataron. Una mano me amordaza. Uno de ellos dice: “No pesa nada.” Estaba resignado. Ya me habían hecho la misma jugada en Sofía. La Mafia, la gran Mafia, de la que usted no quiso escuchar la historia, se despertaba. La Mafia había envenenado la hija, pervertido a la madre, amarrado al padre... Amén. Me tiran en un taxi. Señores, le digo a los dos malhechores de la Seine, si no

soy pesado, como ustedes lo comprobaron, es porque no tengo nada de grasa; por lo tanto, los conmino a que no me aprieten mucho pues lastiman mis músculos desprotegidos. Me llevaron a la enfermería especial del asilo. Permanecí dos días en una celda que olía a gato secuestrado...

—Eso es verdad, Manikoff.

Luego fue Sainte-Anne. Y Sainte-Anne expidió seis pensionarios a Bourg-en-Bresse. Yo hacía parte de ellos ¡Así fue como efectué el viaje con cinco insensatos que hacían pipí por la puerta!

Las dos docenas de enfermos se levantaron de sus camas. Sus ojos se iluminaron por un deseo. Uno de ellos se levantó. En camisa, atravesó la sala con sus pies sucios y se acercó a mí:

—¿Cuándo voy a salir?— me preguntó en voz baja.

Otro, con la camisa anudada por encima del ombligo, se puso de pie sobre su colchón y gritó:

—¡Si violé a una muchacha, que me apliquen la guillotina!  
¡Si es una mentira de mi suegra, que me den la libertad, pan-ra-ta-plan!

—Yo quiero ver al procurador de la República. Hay presidente de la República, hay 14 de Julio de la República, hay plaza de la República; ¡no hay procurador de la República, caramba, caramba!

—¡Malvado! ¡Malvado! ¡Aquí están las ratas!

Sentado en su cama, este último, persignándose, repetía:

—En el nombre del padre, del hijo, ¡tremendo hijo! ¡tremendo hijo! ¡Pan-ra-ta-plan-plan!

Manikoff, dándome una palmada en el hombro, me dice:

—¡Estos son los exrazonables!.

¡Son ochenta mil en los asilos de Francia!

### UN PABELLÓN DE EXALTADOS

Esta vez me encontraba en el Oeste del país. No diré el nombre del asilo. Me tocó hacer tantas promesas como cabriolas durante los meses de este alucinante viaje. Aquí, dar mi palabra de honor (eso se practica todavía); allá, pasar por el pariente de un pensionario. En otra ocasión fui un interno. Fui guardián. Durante una mañana asoleada, un dentista llegó a un asilo, yo era su ayudante. ¡Era yo quien llevaba el gatillo! ¡Y conocí muchas otras profesiones! Cubiertos por sus abrigos de seres importantes pero pasados de moda, los funcionarios, altos y bajos dignatarios de la República, jamás le impidieron a un periodista adelantar su trabajo, ¿no es verdad, colegas?

Me habían abierto un patio de exaltados.

—Permanezca allí, los guardianes han sido avisados.

Me había cubierto la cabeza con una boina con el fin de no ser tomado por un procurador de la República. Además, cuando se tiene una apariencia de inocencia y el mal aspecto no le va demasiado mal, uno puede muy bien pasar desapercibido en una sala de insensatos.

Los locos no tienen uniforme. Es un elemento más que se agrega a la trágica mascarada. Aquí hay dos que están desnudos

(les encanta estar desnudos). Entre estos dos se pasea un caballero cubierto con un sombrero melón. Este otro lleva chaqueta y calzoncillos; alrededor de su brazo izquierdo se encuentra un cuello falso de celuloide. Son alrededor de setenta, en ropa de ciudad, en ropa de trabajo, desabotonados más allá de los límites del pudor.

Hubiera habido menos gritería si no mediara la presencia de una especie de mofeta chillona que, al mismo tiempo que desenreda una cuerda, allá, al fondo, la toma contra la tierra entera por no se sabe cuál afrenta que le inflige un ser invisible. Se pone furioso como si tuviera su enemigo al frente. Su enemigo se encuentra frente a él, claro, pero sólo él lo ve.

Con el aire profundamente preocupado, un sorprendente hombre con aspecto simiesco viene a buscarme en mi rincón. Me mira fijamente por un minuto y luego me dice:

—Excúseme si tengo mocos en la nariz, soy el Prefecto de Côtes-du-Nord. Dos veces he pasado por la muerte, pero creo estar vivo todavía. ¿Debo o no debo elegirlo como secretario general? Darle tal título significa conferirle una autoridad que, quizás, supera su inteligencia; privarme de sus servicios equivale a agobiarme de nuevo bajo un trabajo aplastante.

Pone un dedo contra su frente:

—Reflexionemos. ¿Debo o no debo, padre mío, gran chambelán?

El loco es individualista. Cada cual actúa a su manera. No se ocupa de su vecino. Hace gestos y grita con toda independencia. Cuando muchos le hablan a usted simultáneamente, el hombre sano es el único en darse cuenta que todos gritan a la vez. Ellos no se dan cuenta.

Si alguien se suicidara lentamente en medio de este patio a nadie se le pasaría por la cabeza intervenir.

Son reyes solitarios.

El cuerpo que les vemos no es más que una cubierta que esconde una segunda personalidad invisible a los profanos que somos nosotros, pero que habita en ellos. Cuando el enfermo le parece a usted un ser corriente, no hay otra razón distinta a que su segunda personalidad salió a dar una vueltecita. Ella volverá a su morada. Ellos la esperan.

Si su conversación parece incoherente, esa impresión sólo la recibimos nosotros; ellos se comprenden. La rapidez de su pensamiento es tal que supera las capacidades de traducción de la lengua.

Dejan palabras en el camino, de la misma manera que se saltan dos gradas de una escalera cuando uno es joven y tiene fuerza suficiente. Los poetas, de viaje por el círculo luminoso de su inspiración, inventan términos, los locos forjan su vocabulario. Las convenciones seculares, que hacen que un mismo pueblo se entienda porque los individuos de ese mismo pueblo acuerdan a las palabras una significación definida, no funcionan para ellos. Los locos hablan por fuera de las reglas establecidas. No hay un pueblo de locos: cada loco forma él solo su propio pueblo.

El loco tiene su lengua. Hay que poner mucha atención cuando un joven, que una chaqueta de buen corte le entalla, viene hacia usted desde el fondo de una sala de asilo y le dice: “En la madrugada, los sombreros de copa vinieron a trabajarme, todo se volvió *Soviet*, *Yokohama*, pero yo escamoteé al abuelo, al hijo y al nieto Deibler”; no hay que concluir que este joven no sabe lo que dice. Usted va a buscar al médico. Somete la frase a su criterio: “Es muy claro”, afirma el médico. “En la madrugada, los sombreros de copa vinieron a trabajarme.” Traduzca: “Cuando me desperté, los ayudantes del verdugo vinieron a agarrarme.” “Todo se volvió *Soviet*.” ¿*Soviet*? Bandera roja; entonces: “Todo se volvió rojo.” “¿*Yokohama*?” *Yokohama*: gran terremoto. Por lo tanto: “Todo se volvió rojo y catastrófico”. “Pero yo escamoteé padre, hijo y nieto Deibler”. “Pero yo me liberé de todos los verdugos pasados, presentes y futuros”. ¡Bravo!

¿Quién es ese señor de cabello canoso y barba roja? Se tiñe, seguro. Se tiñe cada mañana con polvo de ladrillo. Demuele el

muro, arranca un ladrillo, lo muele y ¡vamos con la limpieza! Cuando ventea, un polvo rojo sale de su barba.

El guardián me dice: “Aquí hay uno que no podrá hablarle pero le mostrará su lengua”.

—¡Muestre su lengua!

El hombre abre la boca. No veo nada. Acerco mi mirada. Este hombre no tiene sino media lengua. Así ocurrieron las cosas: este hombre se encontraba allí, inmóvil, en el patio, con la lengua afuera. Uno de sus compañeros avanzó hacia él con las manos en los bolsillos, a pasos lentos. Pegó suavemente su mentón al mentón del hombre, agarró en su boca la lengua que colgaba y la cortó de un mordisco. Eso fue todo.

Otro tiene la oreja comida. El servicio se lo hizo también un camarada.

—¡Mire ese que usa el codo, allá!

Era uno, en efecto que, seriamente y sin afanes, usaba el muro como una piedra de amolar para darle aire al hueso de su codo. Es su manía. Se podría decir: es su placer.

La piel de su codo se encontraba pasablemente mermada. Le volverán a poner la camisa de fuerza.

Los locos resisten el dolor de manera sobrehumana. Se tragan cucharas como nosotros nos tragamos una pastilla. Un día, uno de estos señores se había conseguido una sierra. Comenzó a aserrarse el lado izquierdo del pecho. Cuando el doctor llegó, pudo ver, por el hueco, batir la punta de su corazón. El hombre se estaba aserrando con una sonrisa en los labios.

Desde hace diez minutos, allí donde voy, va también un pensionario. Tiene las manos unidas, sus labios se mueven. Ora en voz baja. Se detiene si yo me detengo. Si vuelvo a partir, él vuelve a partir. Es incómodo. Trato de dejarlo rezagado. ¡Insensato! ¡Insensato que soy! Se me pega a cinco pasos.

—Rece contra el muro— le digo.

Es más cómodo.

No comprende. Es un Polaco. Se arrodilla frente a mí. La plegaria se acelera en sus labios. ¡Ahora sé lo que significa ser tomado por un icono!

A este otro señor no le dieron un silbato por la armonía que produce en el patio sino porque es el jefe de estación. Era sólo un empleado de los ferrocarriles. Desde que abandonó de manera evidente nuestro triste valle, es jefe de estación. Hace partir trenes que nosotros no vemos.

—¡Cuidado! ¡Cuidado!— grita haciéndome señas para que no atraviere la vía.

Me alejo. Pita. Ahora puedo avanzar: ¡el tren pasó!

Salvo para la mofeta chillona del fondo que chilla cada vez más y esta vez contra mí, parece que me vuelvo simpático a la gente. Atraigo las confidencias.

—Imagínese las cosas (el hombre es un campesino); yo trabajaba en un cultivo cuando, de pronto, mi inteligencia, mi carácter, ¡plan!, todo voló por los aires. Regresé a mi granja y comprendí lo que me ocurría; sólo tenía ocho años. Entonces, naturalmente, no reconocí a mi mujer, ni a mis hijos, y yo soy el Primer Cónsul.

—¿Qué edad tiene usted ahora?

—Ocho años y tres meses.

—¡Sin embargo, usted es adulto!

—Sí, yo soy el Primer Cónsul.

Me deja. Otro lo reemplaza.

—Yo soy marino. ¡Llego con mis veintiséis mil toneladas y atravieso los Dardanelos y el Bósforo, por supuesto! Entro pues en la tienda y compro el harem. Tiro todo lo que no sea rubias.

No les hago daño, sólo las libero. A las rubias las embarco, voy a fundar una dinastía en la isla de Milo. Me convierto en el rey de mil aguas, mil aguas, ¿comprendió? ¡En cuanto a mi hermana, la cuelgo de los cabellos, la cabeza hacia abajo!

—Excúseme si tengo mocos en la nariz...

Era el Prefecto de las Côtes-du-Nord que regresaba.  
Salí huyendo.

—¿Y usted? ¿Cómo está usted hoy?— pregunté a uno que se paseaba en medio de esta feria sin deslucir frente a los otros.

—Señor— respondió, usted se equivoca, yo soy guardián.

## Capítulo 4

### CON ESTAS DAMAS

*Asilo privado con funciones de asilo público.*

*Dirigido por monjas.*

—Vamos a ver el pabellón de las mujeres— me dice la madre superiora, frágil religiosa que llevaba su mazo de llaves con mano de hombre fuerte.

Sigamos a la hermana.

La puerta se abre. El patio está vacío. Es el lado tranquilo. El doctor nos alcanza. En una sala, mujeres sentadas trabajan como obreras. Ni siquiera hablan. La que maneja la máquina de coser nos lanza miradas traviesas. Otras, con los dedos tapándose la boca, ríen hasta ahogarse. Todo eso llena el taller con un ruido que no carece de analogía con los gorgoritos de las palomas viejas. El doctor, al pasar cerca de las enfermas, les acaricia su mejilla con el revés de la mano.

Una de ellas tira la sábana que trabajaba, viene hacia mí y dice:

—Quien va dos va tres. Troyes en Champagne. Con esa excepción, ¿mi salida es para hoy?

—Para mañana— responde la hermana guardiana.

Encantada, la “quien va dos va tres” regresa a su sábana. Cada día, desde hace tres años, hace la misma pregunta; al día siguiente ya no sabe que la hizo el día anterior.

La palabra “salida” le prendió fuego al lugar.

—¡Que le caiga toda la vergüenza al doctor! ¡Que le caiga toda la vergüenza a su descendencia! ¡Que le caiga la vergüenza a su diploma de la Facultad! Me tiene prisionera como a una *asesina*. Quiero salir, ¿me oyen?...

Y haciendo una reverencia irónica:

—¿Me oye, el señor sordo, es decir, el señor doctor?

Es una mujer menuda que zorcía calcetines cuando entramos.

—¿Cómo está usted, señora Vorin?

—Igual que mi cuñada, señor doctor, que se comporta como una hija de puta, como usted lo sabe.

—¿Y usted, señora Mémot?

—Yo, señor doctor, siempre estoy bien. Con seis años que llevo aquí usted me podría dejar salir.

—Pero hay esta historia de la Legión de Honor, señora Mémot.

—¿Cuál historia? ¿Porque recibí la Legión de Honor?

—¡Precisamente!

—¡Pues bien! Sí, eso provoca celos; me obligaron a tragármela; desde entonces tengo los intestinos rojos, ¿pero no trabajo como hay que hacerlo?

La señora Mémot es la mejor trabajadora del taller, la única enfermedad que padece es la de los intestinos rojos. Sin esta *idea* que persiste, ya la habrían dejado en libertad. ¿Crear que se tiene los intestinos rojos es un peligro para sí mismo o para la sociedad (ley del año 38)? Después de reflexionar, los mejores especialistas responden: ¿por qué no?

—¿Y yo? ¡Señor doctor!

Era una muchacha pálida, con lágrimas en los ojos. El doctor la acaricia con el revés de la mano, ida y vuelta.

—Este es un caso— dice el doctor. La señorita Aline no está enferma.

—No, doctor.

—Lo sé, hija mía. La señorita Aline es de las regiones liberadas. Por la guerra perdió el hogar y la familia.

Un día es encontrada, errante en la calle...

—Hace quince meses, doctor.

—La policía la recogió. Nos la enviaron acá. Ella no era una psicópata, habría debido soltarla pero se encontraba sin recursos. La dejé por piedad. Su lugar no está en una casa de alienados, una institución de protección de jóvenes habría debido acogerla. Esta institución no existe en el departamento. Si firmo su salida, se va a encontrar en la calle...

—Trabajaré, doctor.

—Será presa del primer hampón que aparezca. En pocas palabras: un doctor caritativo, un país en edad infantil desde el punto de vista de la asistencia social. Resultado: ¡una joven abandonada vive desde hace quince meses entre las locas!

La señorita Aline no es “muy fina”. Si se pusieran a encerrar a todas las personas que no son “muy finas”...

Una morena delgada viene a tirarme del brazo:

—¡Buenos días, querido!

—Usted aquí— dice la madre superiora. ¿Cómo se llama usted?

—¡Lison, sor, y en Lison hay cinco letras y cinco letras son todo el rollo para usted, hermana, todo el rollo!

La señorita Aline va a reunirse con sus compañeras. La señorita Aline debe tener la cabeza dura para sostenerse...

## El patio de las exaltadas

Del otro lado de este muro suben gritos desordenados. Uno creería estar en la puerta de una cervcería de estudiantes borrachos. Estas mujeres todavía invisibles tienen voces de machos. Es el patio de las exaltadas.

Entramos. Un “motivo principal” nos golpea de estupor. Son más de ochenta locas en este pabellón, pero al comienzo sólo vemos una: ¡ésta! El lado derecho pegado al muro, los brazos enteramente dentro de la camisa de fuerza, calzada con unos zapatos que hubiesen parecido bastante grandes inclusive para todos los pies de un cuerpo de guardia entero, el cráneo calvo, la boca desdentada, una sonrisa poderosa fijando un rostro cuadrado, su voz repetida, entrecortada, como un torrente de agua:

—Zim ba da bum comp...compañeros de mis tres.

Eso es así desde hace dos años. La demente se vuelve muda sólo cuando duerme, cuatro horas máximo al día. Apenas abre los ojos:

—Zim ba da bum...

Su cara muestra satisfacción.

Miramos este espectáculo en silencio de la misma manera que miraríamos un desastre, una gran inundación.

—¡Mira!— grita otra que acaba de acudir. ¡Mira!

Se planta frente a la madre superiora, da media vuelta y le muestra su trasero.

—La locura es un infortunio que se ignora— dice la santa mujer contemplando con una mirada de perdón el escándalo que no se detiene.

Al lado de las locas, los locos parecen razonables. Estas mujeres son infernales. Todas parecen obedecer a un resorte que se hubieran tragado. Se pliegan, se levantan, brincan. Mueven sus brazos como alas de molino. Hay muchas cantantes. Las

bailarinas tampoco faltan, y las furiosas se unen a las otras dos... En tiempos tormentosos, la intensidad de este infierno se multiplica.

—¡Señor!

Una pelirroja que parece tener serpientes en su cabello me toma por el brazo, imperativa:

—¡Señor! He sido nombrada madre principal de las Hijas de la Caridad, canónica de la catedral, máximo general del Vaticano por Su Santidad el Soberano Pontífice. Llego a la basílica. Me siento en las sillas de la asamblea de canónicos. La guardia suiza me quiere sacar. Resisto. Un canónico viene a ayudarme; digo: “¡Yo soy canónica!” ¡Entonces me encierran aquí! ¿Cuándo me van a devolver mis derechos? ¿Quién es usted? ¿Abad, obispo o sacristán? ¡A menos que usted sea sólo su perro, Azor! ¿Es usted, Azor?

—¡Basta!— dice la hermana supervisora.

—¡Respéteme! ¡Hija de nadie! ¡Respeto para mis galones dados por Benito XV!

—¡Basta! ¡Basta!...

La hermana de guardia tiene un rostro angelical. Una enferma la señala con el dedo y grita: “¡Por fin! ¡Por fin!”

—¡Ah!— dice la hermana. Usted va poder humillarme como quiera, aquí está mi Madre Superiora, el doctor y otro señor... Humílleme...

La “enferma” es una furia. Baila alrededor de la hermana.

¡Tres hombres! ¡Necesita tres hombres por día! Los hace entrar por el techo, y allá, en ese rincón, se los devora. Yo no tengo ni uno, ni siquiera el que me dio la ley. ¡Tres por día!

—¿Y por las noches?— dice la hermana.

—...Y cuatro cada noche, ese es el número. Humíllese... Humíllese...

—Ahora que usted me ha humillado, tranquilícese.

La furia se va recogiendo las mangas.

Está la camisa de fuerza. Está también el cinturón. Fijado a la cintura, el cinturón tiene dos anillos que retienen las muñecas.

El cinturón se lo ponen a las destructivas, a las vengativas. Al menos hay diez cinturones en este patio. Una de las exaltadas camina sin parar.

—Siéntese, señora Raymond.

—No quiero sentarme al lado de estas señoras. No están enfermas. ¿Por qué las retienen aquí? Me van a pasar la buena salud... ¡Atrás!... ¡Atrás!

Otra golpea la tierra con su talón y grita cada vez que lo hace:

—¡Óyeme, Lafont! ¡Óyeme, Poizat!

Lafont y Poizat son sus enemigos. Los aplasta bajo su bota.

Toda canosa, desgreñada, he aquí otra visión que avanza sobre sus rodillas. Con los brazos dirigidos al cielo, los ojos inundados de lágrimas, esta anciana de hermosa cabeza lanza gritos que aterran. Nos alcanza, me agarra una muñeca. Es una trampa que me aprieta... Luego vuelve a caer con la cara contra el piso y llora como si lo hiciera frente a una tumba fresca. ¡A diez pasos, un pajarraco canta a gritos y gira, como un derviche desaforado!

### **La Sala de Piedad**

Al fondo se encuentra la Sala de Piedad. Inesperado e incomprendible. Encaramadas en un estrado, once sillas estaban pegadas al muro. Once mujeres amarradas a once sillas. ¿En virtud de cuál empresa de terror estaban ellas “en exhibición”? ¡Sólo llantos! ¡Sólo gritos! Sus bustos se balanceaban de derecha a izquierda, y, como un metrónomo en movimiento, parecían marcar un ritmo fúnebre. Parecían esas muñecas mecánicas que los ventrílocuos llevan a los escenarios de los music-halls. Los cabellos caían. Las narices moqueaban... La baba aceitaba los mentones. Bajo las sillas se formaban “pozos”. ¿En qué museo

prehistórico y animado había caído yo? El olor, la vista, los gritos ponían hiel en los labios.

Son las grandes enfermas que ya no se saben manejar.

¡Que las dejen en las camas!

Las amarran porque los asilos carecen de personal.

¡Caramba!

**PÁGINA EN BLANCO  
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

## Capítulo 5

### LA COMIDA DE LAS FURIAS

—Las once. Es el momento. ¿Usted aprecia su vestido?— pregunta la interna.

Yo apreciaba mi vestido. Me pasan una blusa.

Iba a almorzar a “la quinta” en compañía de estas señoras de un asilo del Midi.

“La quinta” es el pabellón de los exaltados cuando están más exaltados.

Acababan de poner el cubierto: un plato de hierro que alguna vez fue blanco y una cuchara.

—¡Señora Ebert! Si usted sigue dando vueltas encima de las mesas la mando al patio. ¡Ah!

Y la hermana que acababa de hablar, y con la cual, inclusive delante del incentivo de una bolsa de cinco mil pesetas yo no habría aceptado un combate de boxeo a dos rounds, dio, con el brazo de su crucifijo portátil, dos golpes bien fuertes sobre la esquina de la mesa. ¡Ah!

La señora Ebert dejó de dar vueltas.

Podría decirse de este patio que no abrigaba una sociedad filarmónica.

—¿Estas mujeres que oímos tan claramente son las que van a venir a almorzar, hermana?

Eran ellas. La hermana dijo que no sería muy bonito de ver, pero agregó que yo tenía suerte porque hoy servirían macarrones:

—Y si hay que recibir tres o cuatro platos en la cara, es mejor para usted que sea arroz con grasa, apesta menos.

En resumen, todo me cuadraba.

Y abrieron las puertas del toril.

Una primera manada se abalanzó. Eran las mujeres de dientes largos. Al querer pasar muy rápido y todas a la vez, estas mujeres hambreadas obstruían la puerta. Gritos entremezclados, cuyo registro recorría al menos tres octavas, se elevaban de este amasijo. La sala se llenó. Una vieja saltó sobre la larga mesa y corrió sobre los platos, los que, al caer sobre las baldosas, protestaban con voz de hierro castigado.

—¡Esperen que las atrape!— gritaba la hermana.

Sólo se podía hablar a gritos.

—¿*Cuántas son?*

—*Sesenta.*

Cogían los platos y los utilizaban como címbalos, como sombreros. Otras los tomaban para lavarse los pies. ¡Traque! Un plato acaba de aplastarse contra el muro.

—¿Y si se clavaran los platos, hermana?

—Se tragarían el clavo, señor.

Las inspectoras empujan a cinco o seis atrasadas, y así, a empujones, entran en la sala.

Estaba llena.

—Aquí están los platos de macarrones. Hay que protegerlos si una no quiere ver a una de estas mujeres saltar con ambos pies en la pasta humeante.

Una treintena de furias se sientan sobre las bancas, pero sus traseros han tocado un resorte, al menos se puede imaginar que así ha sido. Para que ellas no se remuevan más, a uno se le ocurre la idea de colocarles pesos en sus hombros. ¿Será que cuando tengan los macarrones en la boca ya no se moverán más?

De pronto se produce un gran silencio. Una voz lo perturba:

—¡Carne los viernes! ¡Eso nunca!

—Es miércoles, señora Bichet, y no es carne.

—Es carne humana, monja maldita.

La señora Bichet trata de escaparse. La hermana la sienta por la fuerza sobre la banca. La señora Bichet toma los macarrones con las dos manos y los lanza al pelo de una rubia que está frente a ella. Esta lanza gritos aterradores. Es la señal. Un nuevo modelo de jazz-band entra al baile.

Un rayo acaba de golpear a una de las convidadas. De un momento a otro se queda sonriente y tiesa en medio de la algarazara y su cuchara se detiene a igual distancia de su plato y de su boca. Esta mujer está enferma de negativismo. La hermana le empuja el brazo. La cuchara consigue llegar a la boca.

La enferma vuelve a la realidad por dos minutos.

Ocho de las enfermas llevan camisa de fuerza. Hay que hacerlas comer. Una de ellas abre la boca pero la cierra brusca-mente, los dientes sobre la cuchara. La hermana no puede sacar la cuchara y se va. Otra se queda riendo burlonamente, dando a entender que fuma un inverosímil cigarro.

Otra de las de camisa de fuerza se encuentra de rodillas sobre las baldosas. Es su posición favorita. Ríe con los ojos llenos de lágrimas. Abre la boca frente a la cuchara pero no se traga el alimento. Quiere reservar los alimentos. De inmediato se sabe

por qué. Infla sus mejillas, y Tritón inesperado, sopla en la sala pedazos de macarrón.

A otras eso les divierte.

Esta vieja corta cinco pedazos de macarrón, los alinea sobre su manga y, volteándose hacia mí, dice:

—¡Cinco medallas, mi general, salude!

Esta jovencita me ofrece con la punta de sus dedos una parte de su ración:

—¿Usted es cristiano? Comulgue. Celebre la Pascua.

Trato de no celebrar la Pascua. Error.

De inmediato, lanzados por una mano fina, los macarrones me cuelgan de la nariz. Ella agrega:

—¿Qué me regala usted para la fiesta de Saint-Martin?

Esta otra grita:

—¡Antonia, Antonia, escucha, mi gatita!

¡Es a la monja a quien llama!

¡Hay muchas mujeres con barba entre las locas, y entre esas barbas hay muchos macarrones!

Ahora está esta mujer alta y delgada que respira con dificultad. Se está asfixiando. ¿Con qué? ¿Hay huesos en los macarrones? A veces. Una enfermera le mete los dedos a la boca. ¡Qué concierto!

Desde hace un buen tiempo las cucharas bailan en la atmósfera. Se come a manos llenas, y el canto que domina la feria de una voz imperiosa es en este instante éste:

—Tuya, tuya de la cruz de la misión. ¡Tuya, tuya! ¡Crápula, hermano mío!

Otra ceremonia se celebra en un rincón de la sala. Es igualmente hermosa.

A las mujeres que se niegan a comer les pasan la sonda. La mujer está sentada en una silla. La enfermera, detrás, tiene en el hueco de su codo la cabeza de la mujer recalcitrante. Por una fosa nasal le introducen un tubo de caucho. Contrario a lo que se puede creer, eso no la hace estornudar, más bien lo que le produce es una sofocación. La recalcitrante levanta las piernas como si hubiese sido desbalanceada por el peso de su espalda. Entonces se conecta el tubo a un recipiente que espera con un litro de caldo, y por la intermediación benefactora del canal nasal, se hace pasar el caldo del vientre del recipiente al de la mujer.

—Dígale a este señor por qué no quiere usted alimentarse.

—Me hacen comer las tripas de mi suegra.

—¿Y usted?

—Porque me envenenan.

—¿Y usted?

—Me servían “muerto”.

—¿Y usted?

—Mi voz interior me lo prohíbe.

—¿Y usted?

—Quiero morir.

—¿Y usted, señora Glandin?

—¡Caca de cabra, cabra de caca!

La comida ha terminado.

Las mujeres se aplastan contra las puertas que van a ser abiertas. Las puertas ceden. Las mujeres se precipitan hacia el patio.

Los macarrones les han dado fuerzas. El baile alucinante se reinicia.

—Grité demasiado. No puedo más— dice la hermana. Me gasté treinta y siete años en destruir mi voz. Era una buena voz.

—¡Tonta! ¡Tonta!

Es una vieja con cabeza de pescado y que ha coronado con hojas muertas los últimos hilos de sus cabellos canosos.

Al grito de “¡Tonta!” se lanza sobre la hermana y le clava las uñas en la carne de la mano.

Las uñas penetran profundamente. La herida sangra.

—¡No sé qué tienen hoy— dice la hermana—, están todas locas!

## Capítulo 6

### UNA NOCHE

Ese misterio humano que es la locura se vuelve más espeso en los edificios durante la noche.

La sorpresa, que, como una aureola, no para de nimbar al espectador de la vida de los locos, aumenta entonces, a su alrededor, hasta el infinito.

Los asilos se convierten en claustros diabólicos.

Eran las once de la noche cuando me dirigí frente a la reja de la casa departamental de esta ciudad del Sur.

El portero dormía. Era hora. El director roncaba. ¡Felizmente! Sólo una inteligente persona que comprendía las necesidades del periodismo contemporáneo tenía los dos ojos bien abiertos.

“El servicio de guardia no deja de presentar en algunos casos lagunas lamentables”, está escrito en el último informe oficial. ¡Evidentemente!

Todo estaba tranquilo en la jaula. No se oía ni el menor ruido de pájaros. Por el momento, nos paseábamos a través de los patios desiertos. Es a medianoche cuando se perciben los primeros ecos del carnaval que recomienza. Pero hay dormitorios donde nadie se despierta —donde nadie se despierta jamás, ni en el día ni en la noche—. La sala de la Paja, por ejemplo.

¿Sala de la Paja? Porque la ropa de cama es reemplazada por paja. Las camas son ataúdes sin tapa. Cuando el ocupante

muere, no habría necesidad de molestarlo, si se quisiera. Se clavaría la cuarta plancha de madera y de inmediato se encontraría en su casa. Es el grupo de las “demencias seniles”. Las familias se deshacen gustosas de estos ancianos. ¡Las familias ricas también!

Durante el día, las moscas ligeras cosquillean, por montones, la epidermis de estos inmovilizados; por la noche, dado que las moscas están acostadas, no ocurre nada más. A veces, en silencio, un deceso. Sólo se sabe en la mañana. Un olor espantoso sube constantemente como si se tratara de un basurero humano.  
¡*Requiescat in pace!*

Entramos al dormitorio de los tranquilos, sección mujeres. Apenas hemos empujado la puerta cuando dos fantasmas, de oreja fina, saliendo cada uno de una cama ya ocupada, se afanan por ganar la suya.

De inmediato una vieja nos hace señas para que nos acerquemos a ella.

Nos pide que peguemos nuestra oreja contra el muro, donde ella ya ha pegado la suya. En voz muy baja nos dice:

—¡El guardia rural que está escondido en el muro!

—¿Qué le cuenta él, señora Emelin?

—Me habla. Escuchen.

La señora Emelin mueve claramente sus labios, repitiendo palabra a palabra, pero únicamente para ella sola, lo que *le dice* el guardia rural.

Es una alucinada.

Pasemos a otra.

—¿Qué hace usted sentada en su cama, señora Garçon?

—Escucho a mi marido que me dice: “¡Ve a ahogarte, malvada! ¡Al agua! ¡Al río!”

—¡Duérmase!

—Sí señor.

Avanzamos.

—Pregunte a la señora Coste con quién duerme.

La señora Coste ha oído. Ella mete la mano debajo de su almohada y saca de allí dos gorriones.

—Este es Charles, llamado Piquito, el otro es Víctor, como Hugo, es el cantor.

Los pájaros la miran amistosamente y vuelan a posarse sobre el cuello de la loca.

¡Estos pájaros no juzgan a la señora Coste peligrosa para la sociedad!

Muchas de estas mujeres duermen y las que están despiertas no hacen ruido.

Discretamente, esta otra pregunta:

—¡Qué espera usted hacer de mí? ¡Cortarme el cuello, colgarme o salvarme?

—Salvarle.

—¿Entonces dónde está la escalera de seda?

Salimos. La ocupante de la cama del fondo lleva su mano a su sien derecha:

—La hija de Lamoricière le hace el saludo militar— dice ella. ¡A sus órdenes!

Pasa la medianoche. Cambiamos de pabellón. Estamos ahora en el patio de la “quinta”.

¡Qué escándalo en los dormitorios! Protestas, gritos, disputas y una exclamación, proveniente sin duda de la hermana de guardia: “¡Hijas del diablo! ¡Ah! ¡Hijas del diablo!”.

Hay establos que tienen electricidad, las tres cuartas partes de estas casas son iluminadas con velas. Los asilos avanzados

ya han descubierto la lámpara de petróleo. ¡Un día en el que me metía en las cosas que no me correspondían, le indiqué a un director la existencia de un vidrio de lámpara que impedía que la mecha echara humo! “Debe ser bien cómodo, dijo él. Voy a ordenar que se investigue cómo son las cosas”. ¡Como veladoras, pegadas al muro, latas de sardinas! En otras partes hay gaz. ¡Las llaves se encuentran al alcance del enfermo para que pueda jugar si le apetece!

Aquí era con petróleo y con latas de sardinas. El espectáculo de esta sala en la penumbra superaba, a la una de la mañana, las fronteras de lo verosímil. En camisas de una fealdad administrativa, cincuenta furias a las que se les debería cortar el cabello a la moda, lo que evitaría el vals de las mechadas grasosas, se entregaban a los gritos, a las carreras, a ires y venires, a la lucha, al éxtasis y a las poses plásticas.

—¡Hijas del diablo— gritaba la hermana—, acuéstense!

Y las locas respondían a la santa mujer:

—Ve a acostarte con tu diosito, lo estás haciendo esperar.

—¡A la cama! ¡Hija del cielo! ¡Fuera!

Esta otra, en cuatro patas, miraba bajo su cama. Gritaba, *viendo* al ladrón:

—¡Atrápenlo!

De pie en su colchón, una mano en la cintura, esta otra mujer fuerte recostada de manera imaginaria en un bastón que la sostenía, clamaba con la voz de Danton:

—¡Si perdí la razón continuaré hasta que pierda mi locura. ¡Madera a la basura!

Es una antigua partera. Sus últimos alumbramientos fueron una verdadera catástrofe.

Esta otra baila en la punta de los pies, como una bailarina. Parece aprestarse a girar, pero no gira. Me ha visto:

—¡Mira! ¡Un nuevo doctor! Es San Antonio quien nos lo envía. Viva Antonio y sus hijos.

—¡Vaya a acostarse!

—Espero a mi marido.

En voz alta, esta otra calcula:

Treinta y tres multiplicado por un millón seiscientos da doscientos cuarenta, más nueve. ¡Uno, diez, cien mil billones!

¡Cuando no está haciendo cálculos le duele el estómago!

Una vieja está extendida en el piso, contra su cama. Desde hace dieciséis años se niega a entrar bajo las sábanas. Todo se debe a que el obispo de su diócesis la espera.

Ella no dormía:

—¡Y menos con su sotana violeta, y todos esos botones!...

Una mujer con una sola pierna se va de allí, dando brincos. Es una epiléptica. La última noche casi se ahoga con su almohada. La jugada es clásica. De esa forma mueren muchos cada mes.

Algo como una cachetada resonó. La señora Marie, sin razón, acaba de reventar la calculadora.

—Le pondré la camisa de fuerza— dice la monja.

La señora Marie, a manera de burla, imita a su víctima: ¡treinta y tres, doscientos cuarenta, diez, mil billón! ¡brrr! ¡brrrr!

A muchas les han puesto la camisa de fuerza y han sido amarradas a la cama. Si ellas tuvieran la fuerza sobrehumana de

ponerse de pie, marcharían con la cama pegada en la espalda. Todas revientan de rabia.

El horror se encuentra en el medio de la sala: ¡es una bacini-lla, por lo demás, como se supone, sin tanque de agua! La baci-nilla no se encuentra desempleada, cinco o seis locas se hallan alrededor y se disputan una urgente prioridad. En una última pelea, la bacinilla es volteada. Con los pies descalzos encima de los excrementos, ellas siguen con su danza.

Es la danza de todos-al-alcantarillado.

Dos horas de la mañana: un patio. Nuestros pasos resuenan en las baldosas. De pronto, saliendo de un muro, una voz:

—¡Señor *doptor*! ¡Señor *doptor*!

—Es la voz de la jovencita de anteayer— digo.

Este es el hecho:

La jovencita de anteayer tiene quince años. Le encantan el baile, el sol, las palabras tiernas. Algo inadmisibile, como se ve. Cuando sus padres salían, la encerraban. La niña se escapaba por la ventana. Los padres encontraron más cómodo encargar a otro de su vigilancia. La llevaron a esta casa de locos. La guardaron.

“Esta jovencita no está loca, me explicaba el doctor la otra mañana. Tiene necesidad de ser tenida cerca, es todo. ¿Por qué está aquí? Bueno, va a salir pronto”.

—Me escaparé, *doptor*, se lo aseguro. No puedo vivir con todas estas locas.

Se escapó ayer. La volvieron a atrapar en los terrenos ceno-sos del asilo. La pusieron en una celda.

Esta mañana la había visto detrás de las barras de hierro. Me mostró su cajón-ataúd lleno de paja.

—Nunca podré acostarme en eso esta noche, me daría mucho miedo, hágame sacar de aquí. Mi padre no pudo haber deseado esto. Siempre he tenido sábanas. ¿Soy una criminal?

Es ella quien, con voz atemorizada, oyendo nuestros pasos en la noche, llamaba:

—¡Señor *doptor*! ¡Señor *doptor*! Fuimos a la celda. Una gran tranca había sido puesta frente a la reja.

—Mi padre no ha querido esto. Tengo miedo. Vayan a buscar a mi padre— suplicaba la niña.

Nos miramos.

Pero no teníamos las llaves del calabozo...

**PÁGINA EN BLANCO  
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

## LOS PERSEGUIDOS

Lo más desgarrador es el loco perseguido.

Su locura no le da un minuto de tregua. Lo atenaza, lo persigue, lo tortura. Por la noche *se* le vigila, *se* le espía, *se* le insulta. ¡“Se” o “ellos” son sus enemigos! Se encuentran en el cielorraso, en el muro, en el piso.

No *se* cesa de ocuparse de él, *se* le golpea, *se* le pellizca, *se* le martiriza con electricidad, hierro, fuego, agua, gaz.

Se tapa los ojos, las orejas, la nariz: ¡en vano! Ve siempre a sus perseguidores. Oye

que se le amenaza, siente un olor a chamusquina.

Vive en trances, duerme en medio de pesadillas.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¡Atrás! ¡Aquí están! ¡Aquí están!

Al comienzo no acusa a nadie con su nombre. Luego el fantasma toma forma. Es un individuo conocido, o es una secta, una sociedad secreta, una asociación, un consorcio; son los jesuitas, los masones, el Ejército de Salvación, una compañía de seguros. Son los físicos. Es Edison, Marconi, Branly.

Antes era el diablo. El diablo fue destronado. Sólo funciona para los campesinos atrasados. Las invenciones modernas lo ti-

raron a su infierno, el perseguidor de hoy es el cinematógrafo, el fonógrafo, el telégrafo, el avión, la radiografía, el altoparlante.

—El avión pasaba por encima de mi ventana (se trata de una señorita que me explica su caso) y me decía: “Ven al balcón, voy a llevarte por los cabellos”. Cerraba mi ventana, ponía trancas, siempre volvía. “Tus cabellos son fuertes, decía, prepáralos bien”. Me hice cortar los cabellos. Pensé que no volvería más. Volvió. Era entre el mediodía y la una. Entonces, heroicamente, me afeité la cabeza. Pero de todas formas volvió. Escúchele, ronda...ron...rron-rron, estará aquí, en una hora. ¿Por qué se permiten estas *violencias* en el cielo? Ya no hay policía que sirva. Los asesinos marchan ahora al frente de la gendarmería. Es el fin de las gentes honestas que descansan tranquilas en su balcón...

Coloca sus dos manos sobre su cráneo afeitado, diciendo:

—¡Escúchele, está llegando!

El remordimiento los trabaja. Se acusan de crímenes. Son ellos la causa de las catástrofes.

Un hombre se golpeaba el pecho a puñetazos. No se tenía piedad. Su tórax emitía un sonido cavernoso.

—¡Soy yo! ¡Soy yo! ¡Soy yo!—repetía.

¡Era él el responsable de la evacuación de la Ruhr!

Su dolor no se traduce siempre por una excitación, su locura es circular; es entonces cuando se produce el período de la depresión. En esos momentos su sufrimiento permanece mudo. Se encuentran como inundados. Agobiados sobre una banca, los ojos extenuados y perdidos en lontananza, su *falta* les corroe.

—Vamos, señora Garin, camine un poco, pásese, expulse sus malos pensamientos.

—¿Es eso posible, señor, cuando he sido yo quien ha declarado la guerra?! Hice matar a millones de hombres. No hay peor criminal que yo, mi lugar no está aquí, no, no aquí.

—¿Y dónde está su lugar, señora Garin?

—En el infierno.

—¿Usted sola no pudo haber declarado la guerra, caramba!

—Soy yo. Hace diez y nueve años di en un barco un calendario a un oficial austríaco, al cuarto oficial exactamente.

—¿Y qué había en el calendario?

—Vistas de París.

—¿Cuáles?

—La Tour Eiffel, el Pont Alexandre, el Gran Palais, todos los puentes conocidos.

—No fue eso lo que hizo declarar la guerra.

—Sí, es eso. Yo soy un horrible monstruo. Mi lugar no está aquí, donde me encuentro demasiado bien. Merecí el martirio. Además, no he sido una mujer honesta.

—Claro que sí, señora Garin, sabemos que usted sí lo es. Su conducta siempre fue muy honorable.

—No fui más que una malvada puta, tal es mi conducta.

Y los sollozos ahogan a la señora Garin.

Y este hombre que exige que le escuche. Me alejo. Me sigue:

—¿Por qué *se* me persigue?— grita, si he sido yo quien ha dado la vuelta al mundo en el *Nautilus*. ¡Yo soy el Judío Errante! ¿Y quién atravesó Holanda? Yo. ¡Y Rusia en tanque inglés? Yo, pero jamás he sido espía. Victor Hugo es un imbécil, él no escribía sus obras, soy yo. Había uno que conocía la Bota de Nevers, soy yo. Soy el húsar de la muerte. ¿Quién conquistó Madagascar? No es Gallieni, soy yo. ¿Y Marruecos? ¡No es Lyautey, soy yo! ¿Y Tonkin? ¡No es Jules Ferry, soy yo, yo, Bibi del gran Universo!

Los perseguidos tienen un consuelo. Para que se les persiga se requiere que sean alguien. De allí las ideas de grandeza. Por

eso se ve en los patios a piojosos marchar como grandes señores. Los “reyes de Francia” nacen de esta locura. No ponga usted dos “reyes de Francia” cara a cara. Uno dice:

—¡El rey de Francia soy yo!

El otro hace rechinar los dientes y dice:

—Soy yo.

La pelea es segura.

Y esta joven que haciendo muecas me pregunta:

—Es usted el general inspector de los cines?

—...

—Pues bien, mi general, yo soy la reina de los cines. ¡Sí me parecía reconocerle pues tengo la radiografía! Le he visto a través de los muros. Todos esos enemigos que me fastidian lo hacen por culpa del cine y del nitrato de plata, que hacen ambos contacto con la electricidad. No obstante, lo importante es tener el estómago limpio, y para eso empleo el espiritismo. Pero, señor general, ¿no ve usted a los dos piratas que en este momento me aprietan el cuello, porque soy la reina de la pantalla? El *Cráneo de oro*, y *La Tumba del Hindú*, soy yo quien filmó esas obras maestras.

Me lleva a un rincón y me dice en voz baja:

—También esta noche me hicieron el círculo de fuego. ¡Ardí por completo! ¡Sufrí, será una linda película!

Apenas ha terminado su confidencia recomienza en voz alta:

—¡Felizmente tengo los rayos X para mí. Sólo que necesito que me saquen del cuerpo esa cámara cinematográfica. ¿Por qué estoy entre cuatro vidrios? ¿Por qué tengo la radiografía por encima, por debajo y por los lados? Gané tanta plata en el cine que me quieren matar para robarme la caja fuerte. ¡Auxilio, altoparlantes, auxilio!

La más trágica aún es esta dama blanca, delgada y dolorosa. Su cara expresa el dolor. ¡Sufre terriblemente! Cinco centímetros por día— me dice. Y como si acabara de aparecer su enemigo, exclama:

—¡Atrás los fluidos!

Se acerca a mí y murmura:

—Vinieron a instalarse en mi casa el 26 de julio.

—¿Quién, señora?

—Los fluidos eléctricos. Entonces salí para comprar un bistec, pues estaba sola, mi marido estaba en la estación; y la electricidad me gritaba:

—¡Córtate las muñecas, córtate las muñecas!

“Cogí un cuchillo pequeño y me las corté”

—¡Deja que sangren! ¡Deja que sangren!— exclamaba la electricidad.

Después, un águila con su gran pico me tiró debajo del tranvía. Esa águila hacía espiritismo y avión. Entonces mi marido me dice:

—Parece que es con el fin de poner tu nombre en el periódico.

“¡Oh!. Yo rabié, rabié. Entonces la electricidad y la *radio-guerapia* transformaron mi marido en diablo. Tenía unos cuernitos sobre la cabeza así de grandes (muestra su dedo meñique) y por detrás una bella cola bien rizada. Yo no me sentía bien porque él olía a carne quemada”.

El delirio, de pronto, se volvió más incoherente:

—Entonces me gritaban: “¡Putas! ¡Putas!”

“Fue la época en que los Monticelli vendieron los botones eléctricos a un conde ruso. ¡Vendieron, pesos más, pesos me-

nos, mil setecientos, mil setecientos francos! Fue eso lo que hizo que el pobre Charles fracasara como emperador de Austria, y que la querida Zita, su esposa, haga cine. ¡Es lo que se llama una salida furtiva y sin advertir! ¡Cómo sufro! ¡Atrás, los fluidos! ¡Listo! ¡Me he achiquitado cinco centímetros más!

¡Y aquella que tumba mesas, bancas y se escapa, enloquecida, acosada porque el altoparlante la persigue con un cuchillo y un revólver!

Y este príncipe ruso que, temblando de pánico, se esconde bajo el techo de su armario porque oye los pasos de Djerjenski, rey del país Checo?

Cuando nosotros, gentes de razón, estamos con fiebre, tenemos sueños aterradores. Nos persiguen bandidos, escapamos; de pronto nos encontramos como paralizados. El bandido va a alcanzarnos. Sentimos ya el frío del cuchillo. Al fin podemos volver a escapar. Penosamente trepamos sobre un techo. La angustia nos oprime. ¡Los bandidos nos han descubierto! ¡Vienen! Nos van a tirar de un sexto piso...pero, en sobresaltos, empapados de sudor, nos despertamos. La pesadilla ha terminado.

Para los pobres perseguidos la pesadilla continúa por siempre...

## Capítulo 8

### LOS SEÑORES DEL DOCTOR DIDE

El doctor Dide es un alienista que tiene algo de maravilloso.

Tiene también algo de Jesucristo porque hace milagros. Opera en la Haute-Garonne, a seis mil metros de Toulouse.

Con el fin de probar que a veces las cosas funcionan bien, su asilo está situado en un lugar llamado Braqueville.

El establecimiento de Braqueville es una casa como no hay otra igual en el territorio de la Francia republicana.

Si a mi me denuncian como loco, pido que se me interne donde el doctor Maurice Dide.

Esta sabio profesa que la locura es un estado como cualquier otro y que en los establecimientos de locos, estando autorizados por leyes debidamente votadas y registradas, los locos deben poder, en estos establecimientos, vivir tranquilamente su vida de loco.

Y este sabio tiene razón. Ya hay bastante con que no se les pueda curar.

Es pueril reconocer, de manera oficial, que un individuo posea condiciones que reclaman su transferencia a un medio especial si, habiéndose establecido este reconocimiento, se le prohíbe de inmediato el ejercicio inocente de tales condiciones.

No se castiga a un hombre porque, habiendo atrapado una bronquitis, agrega a su enfermedad la malicia de toserle en la

cara a los otros. De la misma forma, si alguien tantea con el pretexto de que es ciego, tal cosa no debe hacerlo merecedor, a primera vista, de un puñetazo bien puesto entre ambos ojos.

En el establecimiento del doctor Dide la locura no es considerada un crimen.

Uno no se planta delante del pensionario para decirle: ¡"Miserable! ¿Qué has hecho? ¡Acabas de perder la razón!"

Se le dice: "Buenos días, señor, está en su casa".

Los castigos están prohibidos.

¿Se les castiga en otros lugares? ¡Ya lo creo! ¿Estoy seguro de lo que digo? ¡Por completo! Dejemos de lado los "reflejos". Un loco le clava a usted las uñas en la carne, usted lo rechaza sin suavidad. ¡De acuerdo! Un gran místico inofensivo cae de rodillas contra su cama, y, en la actitud de los más célebres santos del calendario, los brazos en cruz, abre su alma al Señor: es su derecho de loco, adquirido honestamente al entrar al asilo.

La locura consiste justamente en hacerlo levantar a patadas. Privar a un loco de alimentos porque no hace sino gritar es una economía que no debería practicarse. Desvestir a este otro señor que se ha evadido y encerrarlo desnudo en un calabozo es querer invertir una buena congestión pulmonar que se tenía en reserva.

Es posible, puesto que la mano de obra falta, que enfermos, pagando el rescate de la ley de las ocho horas de trabajo, deban ser amarrados. Si deben serlo, ¿por qué, cuando un inspector se presenta, mientras se le ruega recuperar la respiración un instante en el sofá del director, se hace correr a una enfermera a las salas al grito de "¡Desamarren a los enfermos, desamarren a los enfermos!?"

Ya no estamos en Venecia, declaraba un doctor, recientemente, a propósito de historias de locos.

Yo no había dicho que estuviéramos en Venecia, doctor, sólo había hablado de las orillas del río Sena...

En el establecimiento del doctor Dide la locura es sagrada. Es un talento que se respeta, una caída de agua que no se busca canalizar para hacer carbón blanco. La nieve se ha fundido,

que ella fluya siguiendo las fantasías de la naturaleza. Este loco tiene como hábito, cada mañana, redactar un afiche y pegarlo en la puerta 3 del corredor de la segunda. ¿Por qué romperlo?

—¿Qué vendes hoy, amigo? ¿Carne de res a seiscientos mil francos el kilo? ¿No está un poco cara?

—Es el precio, jefe. Lo toma o lo deja.

Dide va a los locos, y no espera que los locos vayan a él. Dide tiene la manía de estar feliz. Dide aclara su cara con una sonrisa franca, sumerge su voz en un baño de alegría:

—Hola, Darío— dice él dándole palmadas amistosamente en la espalda a un hombre feliz. Todo sigue siendo muy bello esta mañana, ¿no es verdad, amigo?

—Todo anda sobre ruedas ideales, jefe.

—¿Sobre ruedas? ¡Pero de maravillas, viejo hermano!

—¡Viejo hermano, hombre!— dice el enfermo, que estalla de contento.

El jardinero estaba labrando la tierra a consciencia. De pronto, clava su arado en la tierra y se recuesta contra el muro. Lo tantea con movimientos mecánicos. Parecería que trazara figuras de geometría.

Si perteneciera a una religión que le ordenara esos gestos, todo el mundo lo encontraría edificante: ¡lamas, budistas, musulmanes, católicos y, en Jerusalem, los judíos frente al Muro de los Lamentos, hacen todavía muchos más a la hora de la plegaria!

—Mire, es hermoso, es grande en su misterio— dice el sabio.

Cinco minutos después, como exorcizado, el jardinero retoma tranquilamente su arado.

Aquí están los talleres. Entre estos aparatos mecánicos, cepillos, instrumentos cortantes, once obreros se afanan: diez locos —diez delirantes— y un jefe normal.

—Busque al hombre normal— pregunta el doctor.

No lo encontré.

En los últimos tiempos el electricista ha caído enfermo. Un loco lo ha reemplazado durante dos semanas. Habría podido hacer saltar todo por los aires. Ni siquiera ha dañado algo.

Pero levanten los ojos, lectores, se los ruego, levanten los ojos conmigo. Sobre el techo de un edificio de tres pisos trabaja un techador. Este techador no viene de Toulouse, es de Braqueville. Es un loco.

—¿Un loco?— pregunté atónito.

—Por supuesto— dijo Dide, apiadado de mi sorpresa.

En el establecimiento del doctor Dide no oí un solo grito.

—¿Usted no tiene entonces “quinta”?

—Usted acaba de pasar allí dos horas.

La “quinta es el pabellón de los exaltados. En este patio tiene lugar generalmente la jarana de los grandes días de fiesta. Sólo se sale de allí con los tímpanos enloquecidos.

—Es una broma— digo, esa no era su quinta.

Era su quinta.

—¿Entonces por qué gritan en los otros asilos?

—No sé.

—Bueno, ¿qué les hace usted?

Los dejo en paz.

Un compadre viene a estrecharnos la mano, se clava frente a nosotros y canta:

*Veía, tan achispado estaba,  
Las bocas del gas que giraban.*

—Este es el cantor, dele dos monedas. Cantaba frente a los cafés, era su oficio.

*Que giraban, que alborotaban.*

¡Bravo! ¡Dupré! Aquí están tus monedas. Continúa, amigo, es tu vida, no la cambies.

Mientras caminábamos vi una tumba.

—¿Quién es?— pregunté.

Maurice Dide, con un tono ausente, respondió:

—Es mi antecesor.

En efecto, el doctor Marchand, director de Braqueville, fue muerto en este lugar por uno de sus clientes...

¿Los enfermos se curan menos rápidamente en el establecimiento del doctor Dide que en otros?

Ellos encuentran más rápido la luz.

No es exasperando a estos desgraciados que se les devuelve a la razón.

Para curar a los locos primero hay que darse el trabajo de comprender su locura.

También hay que aprovechar sus días de lucidez para readaptarlos a la vida ordinaria.

Tratar continuamente como un loco al hombre que sólo pierde de vez en cuando el control de su juicio es hundirlo en su infortunio.

Marchábamos por el camino principal del establecimiento. A veinte pasos de nosotros, un pensionario se detuvo. Tomó la actitud que inmortaliza Gambetta en el jardín del Louvre y luego inició una elocuente arenga.

Dide me dice:

—Este hombre es presa de *su* tempestad. La tempestad no durará, pero es necesario que pase. Si viera a un enfermero brutalizar a este enfermo bajo el pretexto de hacerlo callar, es al enfermero a quien metería al calabozo.

En efecto, la tempestad pasa. El *orador* se aproxima a Dide.

—Buenos días, Señor director, usted acaba de sorprenderme de nuevo en efervescencia.

—Todos tenemos la nuestra, amigo.

—Pero ya terminó. Siento que me he curado. Señor director, usted es un gran sabio.

Y partí a almorzar donde el doctor Dide.

Había otro convidado en la mesa.

Al final de la comida, este invitado pasó al piano.

—¿No le parece que mi médico adjunto es un gran artista?— me dijo Maurice Dide.

—Sí, en efecto.

—¡Pues bien! No es mi médico adjunto, es uno de mis locos...

## EL ARMARIO DE CEREBROS

Una tarde, el doctor Dide me dijo:

—Venga a ver mi laboratorio.

Los trabajos de este sabio son célebres en todo el mundo.

Por medio de una máquina perfeccionada, corta los cerebros en láminas delgadas como se hace con el jamón de Parma en las tiendas italianas de alimentación. Las examina enseguida al microscopio. De allí quizás saldrá la clave de la enfermedad misteriosa. Al menos esperémoslo.

Me paseaba, pues, respetuosamente, por este templo del futuro, cuando, de pronto, me frené frente a un cuartucho inesperado.

Ciento veinte bacinillas, cada una en un lindo casillero, adornaban sus muros. De las asas pendían etiquetas con nombres de hombres y de mujeres y, por debajo: D. P. (demencia precoz). Delirio progresivo. Confusión mental, psicosis sintomáticas, lesiones circunscritas; P. G. marcha rápida. Epilepsia. Idiotez.

Estas bacinillas tan correctamente presentadas tenían en su presentación alguna cosa fascinante.

—Es mi armario de cerebros— dijo Dide.

Sacó una bacinilla del asa: un cerebro nadaba en un líquido sereno. Mirando la etiqueta, el sabio me dijo:

—Es la señora Bovin.

—¡Encantado!

Permanecía en éxtasis frente al armario.

—¡Está bien!— dije. Usted tiene allí hermosos cerebros, ¿pero por qué en bacinillas?

El maestro me miró bien de frente y me respondió:

—¡Porque la bacinilla, señor, es la forma ideal del cerebro!

## SE HAN BURLADO DE PINEL

El exaltado puede ser calmado o reducido.

No se le pregunta qué prefiere. Si no se tiene el tiempo de calmarlo, se le reduce. Cuando se le juzga suficientemente reducido, a veces se le calma. Se le saca la espuma, como a las sopas.

Hay casos, del lado de los hombres, en los que la reducción se hace a zapatazos. Ese tratamiento no es ordenado por los médicos. Tiene lugar sobre todo en la noche.

El exaltado grita, se mueve, aburre al inspector. Aunque el hombre ya tenga la camisa de fuerza, se le dan algunos buenos golpes con la llave maestra, cosa de que vaya aprendiendo. El palo de la escoba también sirve. Pero el método preferido es el de los zapatazos. Encima de la cama, el inspector le golpea las costillas. Al día siguiente, el paciente lleva las contusiones. ¿Será que esos exaltados se golpean contra todos los muros?

Es el método clandestino.

Oficialmente, ese método no existe.

Los médicos reducen a los pacientes con la camisa de fuerza, con el amarre a la cama, con el calabozo y con la sábana mojada.

La sábana mojada es una conquista de la psiquiatría. El método nos viene del Egipto de los Faraones. Sólo que para emplearlo, los egipcios esperaban que los clientes hubiesen muerto. Y cortaban la sábanas en pequeños pedazos llamados

banditas. Nosotros, en cambio, empleamos la sábana en toda su amplitud, apretando bien, en cada vuelta, con la ayuda de la rodilla...Ocurre así que se alcanza el resultado: el enfermo no grita más; expira.

Los doctores calman por la balneoterapia.

La ducha ya no está de moda.

De los veinte mil insensatos que tuve el honor de frecuentar, apenas cien evocaron la sesión del chorro de agua. ¡Fue en los departamentos en donde la luz científica no había penetrado todavía!

Hoy en día es el baño.

En los establecimientos para ricos, los baños son de dieciocho, veinticuatro, treinta y seis horas; pero no llevamos la delantera: en Alemania son dos días, tres días.

Para proteger las costillas de las personas que de esa manera quieren ser lavadas, se suspende una hamaca en la bañera. El agua y dos guardias se renuevan gracias a un sistema perfecto.

Esta hidroterapia es más moderada en los asilos.

Un pobre no debe lavarse tanto como un rico, sería indecente; también, en estos casos, los baños no duran más que de cuatro a ocho horas, y no hay para todo el mundo.

Un día, mis pasos inocentes me condujeron a una sala. Vi cabezas que parecían coliflores en un jardín casero. Esta visión aniquiló allí mismo todas mis capacidades, salvo una: la de contar. Conté: una, dos, cuatro, seis...catorce cabezas. ¡El señor Deibler, sin embargo, no había tomado su café en leche en esta ciudad, esta mañana! Primero, estas cabezas no estaban cortadas, hacían muecas y sus bocas gritaban. ¡Curioso cuadro a la sombra de los grandes muros departamentales! Me instalé. Apoyado en mi bastón, abrí decididamente los ojos. ¡No había error! Eran cabezas. Cabezas que salían de una canga de suplicio chino. En Shangai, si usted tiene buena relación con el jefe de la policía de la concesión francesa, puede ver la primicia de una de estas representaciones. ¿Para qué ir tan lejos? Aunque no era casi del mismo orden. Estas cabezas salían de una bañera, no de una canga. ¡Sorprendentes bañeras! Estaban enteramente

recubiertas de una plancha de madera que, por fortuna, llevaba una abertura justo en donde ella llegaba al cuello.

¡Qué inteligente! Los bañistas no se evadirán de la bañera.

Algunas cabezas estaban tranquilas; pero ésta nos injuriaba. Y esta otra, con un gesto del mentón, reclamaba que le rascaran la nariz.

¡Un hueco para la cabeza está bien! ¡Otro para las manos, por favor, al menos para una sola!

La bañera cuesta caro, el personal es poco, en consecuencia aparecen instrumentos constrictivos, celdas y calabozos.

Aten a un exaltado a una cama y miren su cara: rabia, injuria. Los enfermeros ganan con eso tranquilidad, el enfermo gana en exasperación. Si los asilos están pensados para la paz de los guardianes y no para el tratamiento de los locos, felicitaciones, el fin es alcanzado.

Pinel, hace cien años, quitó los hierros a los alienados. Es un hermoso cuadro en la Facultad de Medicina de Paris. ¡Pues bien! Se han burlado de Pinel.

Camisas de fuerza, brazaletes, lazos, correas reemplazan a los hierros.

Miren a esta joven con camisa de fuerza y atada a su colchón desde hace *cinco días*. Camisa de fuerza y lazos no la han calmado. Hace rechinar sus dientes, pero es más de rabia que de locura. Se comprende que ella devoraría gozosamente a sus verdugos. Sus verdugos, mientras tanto, juegan a las cartas. Entonces, y el baño, esta última conquista del progreso, ¿qué se espera de él? ¡Que la enfermera tenga el tiempo y que una bañera esté libre!

Luego están las celdas. Es allí donde las camas son ataúdes sin tapa. Esta residencia no entristece a todos sus habitantes.

—¡Soy feliz— dice, detrás de su reja, esta criatura desgreñada, paradójica y sentada en su caja, feliz como Poncio Pilatos!

¡Pero ella no se lava las manos!

Su vecina se encuentra agarrada de las barras. Es una destructora, volvía pedazos sábanas, camisas, vestidos.

Ya sólo tiene paja y barras de hierro, que lo haga ahora a ver si puede.

—¡Piratas! ¡Bandidos! ¡Tunantes! ¡Asaltantes! (desasaltantes). ¡*Courrier de Lyon*! ¡Vampiro de sangre! ¡Judería! ¡Bolguevicks! ¡Rron! ¡Psitt! ¿Usted cree que tengo calor en la noche en su establo como el niño Jesús?

Las celdas no tienen calefacción.

En el pabellón de los hombres, la existencia de los peligrosos adquiere un carácter fáunico.

Estas criaturas han vuelto al estado de bestias. Se diría que son animales verticales. Uno hace de león. Se pasea en el patio rugiendo. Si uno se encontrara en las montañas de Abisinia y lo oyera, montaría de inmediato su fusil. Queremos aproximarnos a él y él nos ruge en plena cara. Todavía siento el aliento y el escalofrío.

Otros dos están cogidos de la mano, uno grande que está vestido, otro pequeño, desnudo. El pequeño es barrigón. Su cabeza llega hasta el codo del grande. Son Bastos y Cul-Bas. Aquí se conocieron, no se hablan nunca; un afecto fraternal les une. No dirán nada porque no se busca separarlos; sino, apoyándose en el muro esperarían el ataque, con las garras afuera. En ese caso, el pequeño desnudo se pone en cuatro patas y muerde al agresor en el tobillo, de la misma forma que el tigre hace con el búfalo.

Y este demente dramático de frente inmensa, con la pupila dilatada y que mira fijamente con sus dos ojos luminosos un punto en el horizonte, ¿qué mira? Uno termina por buscar el punto que mira... ¡no hay punto alguno!

Y este otro, los dos brazos pegados a los costados como si fuera un corredor que va a lanzarse... Ha debido voltear su mirada atrás huyendo de Sodoma... Se convirtió en estatua de sal.

Es lo que se llama una postura firme.

Los calabozos se encuentran alrededor, como una biblioteca en una oficina bien amoblada.

—¡Abra!— dice el doctor.

Nos mantenemos a un metro de distancia por precaución.

Un salvaje aparece en el calabozo. Está desnudo. Lleva extrañas plumas pegadas en todo su cuerpo. También las lleva en el cabello. Es un Piel-Roja.

—¿Ustedes lo ocupan desplumando pollos?

—No son plumas, son algas marinas.

Su cama está llena de algas, él las moja, las algas se le pegan a su piel.

El enfermo no dice nada. Cierran la puerta.

—Abra, Senegalés.

Negro, desnudo, furioso, el Senegalés yace semiextendido en la sombra. Con el revés de su mano hace un gesto que quiere decir “Vete”. Es la garra delantera de una fiera. Esta jaula huele a carne cruda.

¡Va-ra-cri-da-ru-la-ti-ka!

Se levanta. Vemos sus dientes, va a saltar. Cerramos.

Abrimos otra celda.

El hombre que está encerrado busca escapar. Los guardianes se lo impiden. Es joven, está vestido.

—¡Déjeme salir, doctor, se lo suplico, no soy una persona mala!

Anteayer, esta misma persona había mordido al hombre de la postura firme.

—No volveré a hacerlo. Es mi culpa.

Tenía un libro. Para leerlo, debía acostarse pues el rayo de luz que pasaba bajo la puerta era todo su sol. ¡Ese libro tenía por título *Aventuras de viajes!*...

—¡Déjenme salir, por piedad, no volveré a morder!

—Vuelvan a cerrar.

—¡Asesinos! ¡Asesinos!— grita el muchacho en sollozos.

—La locura— me decía una monja, es un castigo de Dios.

Los hombres añaden el suyo.

## DÍA DE VISITA

Los asilos tienen en común con los campos de siembra que se encuentran fuera de la ciudad.

No será eso lo que debe enriquecer a las compañías de tranvías, pero se les dice: “Tendrán la concesión sólo si ustedes nos hacen la de ir hasta los asilos”.

Es una fortuna para el maquinista pues bate todos los récords de velocidad a través de terrenos descampados. Lo es también para el recibidor de los tiquetes que arrulla su siesta con un ronquido real.

Jueves y domingos, ¡qué algarabía!

Sí que hay gente en esos coches.

Contrariamente a lo habitual, son ciudadanos que van a llevar vituallas al campo. Las canastas desprenden un olor a sopa y a cocidos. Mi gran remordimiento consiste en que en una ocasión golpeé una de esas canastas y eché al piso un plato exquisito, el *veau marengo*.

—Bueno, ¿qué va a comer?— dice el propietario con tono de lamento.

Los locos son alimentados de la misma forma que los cerdos. Los asilos reciben cuatro francos con cincuenta por día y por

persona. ¡Con esta suma se da de comer al paciente, se paga a los guardias y se lava la ropa!

No hay locos obesos.

Pero los jueves y los domingos hay indigestiones.

Un loco hambriento come fácilmente mucho más de lo normal.

Llegan las familias. Nada de común con las visitas a los hospitales, esto se parece más a los paseos a los cementerios. Se lleva una cerveza en lugar de una matera de geranio, es todo.

¿Por qué vienen las familias? Esta porque se lo dice el corazón. Otra porque los vecinos encontrarían curioso que no se vaya a visitar al pariente. Para evitarse remordimientos también. Todo eso es sin esperanza. Tampoco es muy motivador.

La familia representa un mundo lejano para el loco. Los locos corteses no lo dejan ver de manera brutal.

—¡Bueno! ¿No estás contento de verme?

Si está contento, el loco no lo dice.

—Sabes, tu hermano acaba de morir.

—No debe pasar frío donde está.

Dos dementes precoces se encuentran sentados en una banca. Esta categoría es sociable todavía. Uno de los dos recibe una visita.

—¿Estás feliz de verme?

—¡Por supuesto, esposa mía!

Su mujer le pasa una costilla de puerco. El la come.

—¿Está sabrosa?— pregunta la mujer.

—Preferiría mis botas de caza— responde el hombre.

El segundo tiene la cara triste. La suerte del vecino realza su desgracia.

Al lado de una tumba florecida, este loco parece ser otra donde un ramillete de flores se ha marchitado y nadie vendrá a retirar.

Los locos no son los únicos que no ven las realidades.

—¡La Santa Virgen!— dice este enfermo a su madre, la Santa Virgen, ¿comprendes?

—En lugar de pensar en la Santa Virgen— dice la madre, harías mejor ocupándote de tu esposa y de tus tres hijos.

¡Esto prueba que si se encierra a los locos, se deja en libertad a los idiotas!

Dos viejas parecidas: dos hermanas. Una canasta se encuentra entre ellas. Es un cuerno de la abundancia. A la una de la tarde ellas están comiendo. A las dos siguen comiendo.

—Señora Servin— dice la religiosa, usted va a estar de nuevo enferma esta noche.

La señora Servin tiene la boca demasiado ocupada, su hermana responde en su lugar:

—Mejor vomitar que enflaquecer.

¡Qué juerga!

Tragan carnes, pasteles, todo al mismo tiempo. Y a propósito, ¿cuál de las dos es la loca?

—Yo también me lo pregunto— dice la religiosa. Debería establecer una alternancia y guardar una y otra.

—No tan rápido, querida mía, todavía me quedan algunos centavos, y la pensión de mi esposo, ¿ah?

Y dirigiéndose a su hermana:

—Come, Adelaïde, sólo te quedan cuatro días.

Aparece una silueta que brilla, muchacha apresurada y perfumada. Sube a la enfermería.

—Señora— le dice el doctor, la situación es bastante sombría.

—¿Qué quiere decir con “sombría”?

—Su marido no vivirá ya mucho.

—¡Doctor! ¿Y qué importancia tiene?— dice la mujer. El estará mejor y yo también.

Y la mujer agrega espontáneamente:

—Desde hace bastante es un muerto para mí.

Gritos rabiosos estallan: “¡Atrás! ¡Escóndanse en el armario de las escobas! ¡Pónganse una máscara! *Arranquen su semejanza*. Los reconozco, a usted, el hijo de este padre, a usted, el padre de este hijo. Personas malvadas. ¡Psitt! ¡Psitt! ¡Glu! ¡Glu!”.

Es una mujer que recibe así a su marido y a su hijo. Estaba tranquila desde varios días atrás. Ver a los suyos hace reaparecer su delirio.

El hombre la mira: está pálido. Apretado contra su padre, el muchacho llora.

La delirante se desplaza hasta la punta del jardín. Padre e hijo esperan un momento, luego la alcanzan con precaución. Ella ve que se acercan. Recoge piedras y los lapida.

—Papá— pregunta el hijo, ¿por qué siempre le dan de comer alimentos malos a la mamá?

Una nueva visitante llega. Viene a ver a su hija. La monja le aconseja que se regrese.

—De todas maneras entréguele esta caja de mi parte. Voy a esperar.

La monja va hasta el patio del pabellón. La muchacha está ocupada cantando.

—De parte de su madre— dice la monja.

El envío parece aportar un nuevo tema a su canción. Ella canta:

—¡Veneno de la mirada! ¡Veneno de la ca-a-a-ja!

Con pasos de bailarina avanza hasta la mitad del patio y deja caer la caja, delicadamente, en un foso.

—¿Se comió sus naranjas?— pregunta la madre a la monja que regresaba.

—Se las comerá, señora...

Esta otra enferma no se pone con vueltas. Su marido se acerca, ella lo cachetea.

Este marido ya tiene bastante. Por su cara, no volverá más. Se va diciendo: “Al carajo”.

—¡Al carajo tú!— responde la doncella.

Todas las situaciones se presentan.

—¿Quieres volver a la casa?— preguntan unas personas a un enfermo.

—Yo estoy bien aquí, ustedes ya no me quieren. Prefiero desaparecer minuto a minuto.

—Estás tranquilo, vas mejor.

—Yo voy mejor, son ustedes los que no van bien. Déjenme.

En la misma banca, una canción diferente:

—No puedo seguir aquí, llévenme.

—El doctor dice que no te encuentras completamente curado.

—Sí, estoy curado.

—Todavía no lo estás. Se razonable.

—Son ustedes quienes me hicieron encerrar.

—¿No había que hacerlo?

—¡Descorazonados! ¡Descorazonados! ¡Descorazonados!

Es una muchacha que parece sobre todo tener necesidad de una cura de ternura.

Más allá, una disputa se produce al lado de un árbol:

—Por último— dice un padre a su hija, ¿me dirás por qué te tapas siempre las orejas?

—¡Papá! ¡Son las noticias que me tratan de mala!

Un señor y dos niñitos atraviesan el patio y toman las escaleras de los que “pagan” su permanencia. Vienen todos los domingos. En el primer piso giran por el corredor B, luego entran a una sala. Atraviesan cuatro. En la última hay tres camas. Se dirigen hacia una, se detienen y se quitan el sombrero. Bajo un velo de tul, una mujer, bella y sin arrugas, duerme en la actitud de una momia. Es de mármol. Su rostro, inmóvil, respira una maldad feroz.

El señor y los niños están del mismo lado de la cama y miran a la muerte viva.

Una monja viene:

—¿Siempre en el mismo estado, hermana?

—Siempre.

Esta mujer ni está muerta ni duerme.

—Si no quieres abrir los ojos— le dice el marido, dame tu mano, tocarás a los niños, verás cómo han crecido...

En su sarcófago, la momia no se mueve. El marido retira la sábana, toma la mano de la mujer. Esta mano se encuentra soldada a la cadera. Hace un esfuerzo: no puede despegar el brazo del cuerpo.

—Usted sabe bien, señor, que ni siquiera trayendo un cabrestante podrá moverle el brazo— dice la monja.

Está así desde hace tres años. Pronto serán mil días durante los cuales no ha abierto la boca, ni siquiera para alimentarse. Se

le alimenta por la nariz, con sonda. No se le mueve ni uno solo de sus músculos. Cuando se le cambia la cama cada mañana, sería innecesario agarrarla por los riñones, un hombre fuerte podría levantar todo el cuerpo cogiéndola por los tobillos pues estaría tiesa, de madera.

El marido y los dos niños, con el sombrero abajo, velan todavía un momento, mudos, cerca de este falso cadáver.

Afuera se oye un coche que rueda...Uno piensa que es la carroza fúnebre.

**PÁGINA EN BLANCO  
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

CUATRO DAMAS ELEGANTES

Esta mañana visité a las que pagan.

Son mujeres que tienen “con qué” y que no van a pasar su locura en los pabellones de los despeinados.

Se puede ser loca, pero se sabe mantener su rango.

Limpiemos nuestros pies, entramos donde las dementes de medias de seda.

—Señora, le presento mis más rendidos homenajes.

La dama se encontraba en la puerta de su pequeño salón. Era una persona distinguida, grande y morena. Vestido negro, zapatos brillantes, bucle de oropel. Treinta y cinco años de edad... sin necesidad de ser cortés.

—Hágame el honor, señor, de sentarse en este sillón. Es sin duda al Señor Procurador de la República a quien...

—¡Oh! No, Señora.

—¿A su substituto?

—Tampoco...

—¿Es usted entonces un enviado de las *Galeries des Dames*? Pedí una camisilla, dos levantadoras de seda, un par de zapatos para ciudad, veinte madejas de seda para labores y cinco metros

de tela. Los zapatos de ciudad no son de mi talla. Usted me ha facturado la camisilla en ciento veinte francos cuando en el catálogo figuraba noventa y ocho. Su tela está bien...Pagaré por ella, ¡pero las levantadoras!...

Va hasta su pieza y trae las levantadoras.

—¡Son levantadoras para los soldados acorazados de Reichshoffen! ¡Puedo ser grande pero soy linda! Tengo medidas de modelo, señor. Estoy hecha con molde. Y usted me envía costales. Estas levantadoras no son ni siquiera para la hermana Gabrielle la Tour. Si ayer esta monja no me hubiera servido sesos en lugar de riñones y queso de carne humana, en lugar de un flancito entero, podría regalarle estas levantadoras. ¡Tóquelas, no son de seda, son de mantequilla!

—Señora...

—Señora Amélie Parqueret, viuda de su marido, que dejó más pesares que plata. Ahora bien, la salud de la señora Amélie Parqueret exige un vino tónico, carnes jugosas y viejas botellas. El 17 de noviembre me sirvieron tres albóndigas de restos, restos de las locas de allá abajo, que no saben comer en vajilla, una sardina de inferior calidad, arroz con piedras y castañas como para pavimentar la sangre.

En otra ocasión, la señora Amélie Parqueret, viuda infeliz, pidió que no se le hicieran prácticas de auscultación epidérmica; además, que en el jardín su sillón fuera colocado de tal manera que no tuviera que soportar las náuseas que le ocasionaba el balanceo de la silla de la señora Urbain, y me opongo a que la interna suiza, la señora Verming, me toque a toda hora en la cabeza la *Marcha Fúnebre* de Chopin.

—Señora, tengo el honor...

Me levanté, la señora Amélie Parqueret se agarró a mi brazo.

—Y solicito que me separen en la mesa de la señora Zémandel, de quien no puedo soportar el olor físico deletéreo, su nariz en forma de clarinete, su blusa verde espinaca, y el pecho ahora vacío.

Pude retirar mi brazo pero ella me cogió por la muñeca.

—¡Y ofrezco! ¡Ofrezco una prima de trescientos ducados al hombre que vaya allá, al cementerio, a la tumba de Parqueret, mi esposo, y durante una noche entera, mientras ululan las lechuzas, a la luz de una linterna sorda, le haga aterradoras muecas al fondo de su justa tumba.

Pude escaparme hacia el otro lado del jardín. La feroz viuda, acodada a su ventana, me hace señas. Desaparezco en el pabellón. La señora Escan me espera.

Huele bien aquí.

En un salón una joven está de pie. Su actitud es la que tendría una persona que baila una danza. Es una DP, una demente precoz, y su locura es afectada. Viene hacia mí, deslizándose caudenciosamente. En varias ocasiones corrige con un movimiento del pie una cola *imaginaria* que la sigue mal. Su brazo derecho levantado tiene la forma de un asa. Su dedo meñique, que trata de despegar de los otros, domina todo el tema que compone. A tres pasos de mí, se inclina en un profundo saludo cortesano, luego se yergue y se abanica con un abanico *que no tiene*.

Sus movimientos hacen desprender el perfume con el cual se inunda (seis o siete frascos por mes). Una sonrisa cambiante pasa ligeramente sobre su cara de la misma forma que un agua límpida, pero de diversos colores, se desliza sobre una placa de vidrio. De pronto, el agua no se desliza más.

La fuerza expresiva del rostro se concentra en los ojos. La muchacha me mira “de soslayo”, retrocede sobre la punta de los pies, y luego, después de medir la distancia, suavemente, con sus dos manos, me lanza como una pestaña. Entonces estalla en

carcajadas. Difícilmente se puede montar mejor una escena en una academia de danza.

Me inclino, se inclina, me voy. No intercambiamos una sola palabra.

El doctor se encuentra en el corredor. Entramos a otra habitación. Sentada, su cabeza puesta melancólicamente sobre su puño cerrado, una mujer rubia, vestida de verde, una cruz de oro colgando de su cuello, mira el tapiz.

Una religiosa la acompaña.

—¿Cómo está usted hoy, señora Germaine?

—Doctor, *él* no quiere hablarme más.

El doctor pregunta a la monja:

—¿Sigue pensando en su tapiz?

—Todo el tiempo, doctor. Ayer permanecemos en la otra habitación. Todo el día repitió:

—Abra la puerta, hermana, para ver mi tapiz.

Me tocó abrirla.

—Está triste el tapiz hoy— me dijo, no me habla. ¿Qué le he hecho?

—Vamos, señora, ese tapiz no puede hablarle, créale a su doctor, que es su amigo.

—¡Ah! ¡Me decía tan lindas cosas!

Un momento después, se derrumba en ese tapiz y llora sobre él, dolorosamente.

Entremos al comedor de estas damas. Una pensionaria ya sentada espera la hora santa. Al ver a su cliente, el doctor se tapa los oídos.

—¡Tápeselos! ¡Tápeselos! Eso no cambiará el fondo de su alma. ¡Ah! Es esto lo que llaman doctores! ¿Por qué, a propósito, usted no lleva hoy el sombrero de asno?

El doctor hace un gesto.

—¡Inútil! No me toque. Lejos de mí, diablo. ¡Yo, que era propietaria de todas las Rusias y tenía al Zar por Regidor; yo, por quien Guillaume II invadió Bélgica con el fin de alcanzarme antes y de hacerme madre de un hijo-radio! ¡A tres pasos de mí, montañero, siervo, campesino, negro, doctor! Y a propósito, ¿cuándo va a autorizar mi salida?

—Firmaré su salida el día que me diga: “Me equivoqué, no soy la esposa del rey Chilpéric”.

—¡Ah! ¿No soy la esposa del rey Chilpéric? Sí, sí, sí.

—¿Cómo se llama usted, exactamente?

—Señorita. Yo me casé con Chilpéric. Me convertí en duquesa de Magenta, y condesa de Montalembert. Ahora, Joffre y Saussier son mis propios hermanos, nací en el Quirinal, también le dije a Philippe d’Orléans: “¡Primo, qué distinguido eres!”. En cambio usted es un tomate, un cerdo, un...

Auténticas basuras salen de la boca de esta mujer cuyo aspecto revela una buena educación. Antes de su enfermedad, ella habría enrojecido al escuchar los términos que hoy en día lanza con convicción. No hay mujer bien criada cuyas oídos no hayan sido golpeados en la calle, en la oficina, por las palabras prohibidas. Esas palabras entonces reprimidas remontan a la memoria de los dementes. De la boca de las damas de mundo caídas en la locura se oyen las inconveniencias más espeluznantes.

—Vamos, señora, ese lenguaje no le conviene.

—La sangre de mi honor fluye, como la de mi libertad. Si usted no me da la salida, la conseguiré a cañonazos. ¡Ah! ¡Yo sé bien por qué me guardan!

—Apuesto a que es para visitarla en la noche.

—¡Todas las noches está en mi casa, sí! El lunes llegó a las tres de la mañana, vestido como Amaris. Quería atravesarme con su gran espada. Felizmente yo lancé mis *flitz* (¿). El martes estaba vestido de mujer, como Carmen, ¡qué vergüenza! ¡descarado tentador! El miércoles estaba en la piel del marqués de Priola. ¿Cree usted que una noche, despreciando mi virtud, yo le diré “Ven, buen mozo”? ¡Puah! Usted no es más que un cerdo.

Agarró su cartera, sacó su polvera y, en su cólera, se enharinó su rostro con el pomo.

—¡Pues bien!— grita ella. ¡No soy la mujer de Chilpéric!  
¡Firme mi salida!

—Hasta luego, señora.

—¡Al diablo! Chulo.

SEÑORITA SUZANNE

—¡Aquí estoy!

Era una muchacha fresca como la inocencia. Había corrido sobre la punta de los pies para alcanzar al doctor en blusa blanca. Era claro que en ese “Aquí estoy” había resumido muchas cosas, entre otras “Lo estaba buscando toda la mañana. Fui de puerta en puerta. Ponía la oreja. Usted entró por el patio A justo en el momento en que yo lo esperaba en el patio B. Por fin le vi. Vine rápido: Aquí estoy”.

Esta agradable persona se cree la esposa de este doctor.

—¡Mira!— dice una religiosa, la señorita Suzanne ha reencontrado a su marido.

—¡Sí! ¡Mi marido!

Ella envuelve al doctor con una mirada suplicante y, con su mano, le acaricia el brazo.

—¡Vamos!— dice el doctor.

La señorita Suzanne no está molesta. Ella sabe que una esposa debe sufrir los cambios de humor de su amo. Le entrega tres

cartas escritas ayer y esta mañana destinadas a él y a su gloria. El doctor toma las queridas cartas cuya escritura, que de tanto que desbordan los bordes de las páginas parecen la imagen misma del amor ilimitado de esta señorita, y, lentamente, las rompe hablándome de otra cosa.

Divinamente resignada, la señorita Suzanne asiste sonriente a la destrucción de sus desahogos.

—Doctor— dice ella, ¿cuándo me lleva? Soy su mujer amante y fiel.

Es linda, la señorita Suzanne. Gracia y dulzura son los signos exteriores de su locura. Evidentemente busca algo. No es a quién querer pues ya lo encontró; es entonces un hogar.

—¡Oh! Lléveme, doctor.

—Vamos— dice la religiosa, que despega ella misma del brazo del doctor la mano elocuente de la bella prometida voluntaria.

En un largo corredor por donde nos vamos, la niña nos sigue a tres pasos, como las mujeres de Oriente. Esta muchacha, digo yo, no parece poseer otra locura que la de la primavera y la de la juventud. ¿Ese mal no es de aquellos que se sacian con gusto?

—Para renacer poco después— dijo el doctor. En todo caso no es ésa mi misión...

Llegamos a la puerta. Cada mañana, en este lugar, tiene lugar la escena de la separación. El doctor tiene que empujar al pabellón a la enamorada que le habla con toda la elocuencia de una evidente mirada clara. Insiste, pero no es ella la más fuerte. El doctor por fin sale del peligro.

La señorita Suzanne va a sentarse a una banca. Por largo tiempo permanece inmóvil, ahogada en su desencanto. Entonces por fin toma su lápiz y se pone a escribir cartas que, mañana por la mañana, el ingrato, sin leerlas, destruirá.

## LA FERIA DE LA LOCURA

Hay locos que se hacen los locos. No les falta sino el vestido de satín, el gorro de cuerno volteado y los cascabeles.

Son las saturnales que se celebran esta mañana en el país del sol, en este patio.

Hay bufones que saltan. Un hombre desnudo pica para una carrera de cien metros y salta vallas imaginarias. Un hombre simiesco ha confeccionado un tambor con una lata de galletas. Es suficiente para recordarle a su vecino la existencia de los tambores mayores, y el vecino marcha entonces por delante, haciendo el gesto y el simulacro de lanzar un bastón que no tiene.

Estos locos son de todos los países. Hay un gigante Danés. Las lenguas de Europa, de Oriente y de otras latitudes se entrecruzan. Parece una fiesta al pie de la torre de Babel.

Todos no han sido recogidos en Francia. Algunos han atravesado el mar en estado de locura oficial. Argelia no tiene asilos, ni Córcega. Estos locos son expedidos hacia el Sur de Francia. Pero Córcega abusa. No todos sus locos son auténticos. Si a un viejo se le ve que sus fuerzas declinan, se le dice:

“¡Escucha, tu no eres rico, vamos a enviarte al continente; serás alimentado y alojado en una gran casa, bella como el cuartel de Bastia!”

Se redacta un pequeño certificado y se expide el paquete. Llega. El director médico dice: “¡Otro Corso, apuesto que no está loco!” No está loco pero está allí. ¡Hay que guardarlo!

El gigante Danés viene de ultramar igualmente. ¡Se subió a un barco francés en la escala famosa por su capacidad para la licuefacción de los cerebros, en Singapur! El barco dio sus tres sirenazos. ¡Mar adentro! Es en el bar donde el Danés atrajo primero la atención de los poderes marítimos. A la hora del café, reunía frente a él cafetera, taza, azucarera, cubría todo con su casco y esperaba. “Curioso peregrino”, se decía el comandante. Pero la noche en que le llegó su desgracia fue esto lo que hizo: se bailaba en el salón; ¡bellas damas, claro de luna, whisky, naranjadas! El danés le pidió a la hija del gobernador de una colonia que le permitiera bailar un tango. De acuerdo. Todo va bien. El barco bambolea. La danza se acaba. El bailarín agarra a la bailarina por los codos, la levanta —es un gigante— atraviesa así la sala y sienta violentamente a la hija del gobernador sobre el fonógrafo que se encontraba en un sitio alto. ¡Gritos de horror de la gente y gritos de dolor de la señorita, pues eso le había hecho mal!

En la cabina-cadalso se termina el viaje del joven y bello Danés.

Al sol los locos son más locos pero parecen menos tristes, y cuando cantan, se respeta más el ritmo.

Una especie de Turco sentado en flor de loto, una varilla en la mano, encanta serpientes. Me pide que me siente. Me siento. ¡Evidentemente, no hay serpientes! Las serpientes están en su visión. Eso basta. Silba. Con la punta de su varilla les hace cosquillas a los reptiles bajo el cuello. Los reptiles se levantan apoyados en su cola. Entonces el Turco se levanta para seguirles en esta ascensión. Para mí es la ocasión de hacer lo mismo.

—Backchiche (propina)— dice el encantador.

Mendigar es el único medio que tiene el loco abandonado para conseguir algunas monedas.

Este señor bien afeitado y de costumbres decentes (los locos tienen por lo general una manera de ponerse los pantalones...) era sacristán. Por la noche se levantaba, entraba clandestinamente en su iglesia, luego prendía los velones, todos los velones.

—Veamos, Baptiste— decía el cura, ¿cuál es el canalla que prende mis velones?

Baptiste respondía:

—Es un nuevo milagro de Saint Sernin.

El cura pellizca a Baptiste. Baptiste tenía, además, muchos otros milagros en su hoja de vida. Lo internaron a la espera de que lo canonizaran.

Baptiste conservó el amor por los fósforos-velas.

¡Sin que se enteraran, muy discretamente, le di una!

Mientras tanto, dos siluetas se arrodillan. Tocan el piso con su frente. Estos locos se levantan...

Son dos musulmanes que rezan la oración del mediodía.

### **El sacamuelas**

Es ésta la feria, sin duda. Aquí está el charlatán.

Doy excusas a los señores cirujanos-dentistas, pero su colega que esta mañana entró a este asilo iba a comportarse como un farsante.

Un guardián que le acompañaba le dice: “Hay cuatro. Aquí están los dos primeros”.

Los dos locos llegaron con premura.

El guardián les dice: “Les vamos a arrancar el diente, ¿están contentos?”

El dentista les hace sentar en un banco.

Esperé. ¡Estaba persuadido de que una carreta traería el estrado, el tapiz de terciopelo rojo, la campana, el casco de bomberos y los dos marcos con diplomas y medallas de honor!

Como me encanta la palabrería, fui uno de los primeros en hacer círculo alrededor del dentista.

De su bolsillo principal sacó su gatillo y lo puso en el bolsillo de su suéter.

—Abra la boca— le dice al primer cliente.

El cliente obedece.

El farsante se curva y clava un ojo en el orificio.

—¿Es éste?

—Usted sabe que no hay que creer lo que ellos dicen— dice el guardián.

El hombre del gatillo pasea su índice sobre la mandíbula inferior.

El cliente salta. ¡Era ahí!

Mientras tanto habían encontrado a los otros dos. Con los curiosos ya había un número suficiente para constituir un grupo. El operador podía operar.

Con la punta de su pinza el dentista agarra el diente culpable. El loco piaba. Bello giro profesional de la muñeca.

—Señoras y señores, aquí está el diente...

¡Sólo faltaba el redoble del tambor!

—¡El siguiente!

El grupo se entregaba a hacer payasadas. Un Albanés que seguía las operaciones repetía: “¡Tirana! Tirana!” Un Árabe decía al dentista: “¡Tú, camarada cerdo!” Unos rusos, presos de visiones espantosas, traídas de la prisión de Boutirky, escondían su cabeza entre sus manos, ululando.

¡Cinco dientes para el cuadro!

En donde el veterinario, los animales acompañados tienen derecho a la anestesia.

Nadie, es verdad, acompañaba a los cuatro locos. Ni siquiera tuvieron un vaso de agua. Corrían por el patio mostrando sus encías sangrantes.

¡Es una suerte que no les hayan arrancado los colmillos!

¡Esperaban esta liberación desde hace meses!

### **La Armenia, su marido y el pope**

Pasemos al otro lado de la cortina, del lado de las mujeres.

Era el día de la ronda médica, hoy. Una mujer con un gorro de aviador, camisa de fuerza, amarrada a la cama, babeaba de furor gritando entre dos náuseas:

—¡Mouge, Mouge, Mouge!

Era una Armenia. Contemos su historia.

Su marido, como todo Armenio que conoce su deber, había partido para América. Hecha la fortuna, envía dólares a su Armenia y le dice:

—Ven a buscarme.

La Armenia cierra su maleta de lata; ¡en ruta! Atraviesa el Mediterráneo, Marseille, apenas pasa París, alcanza Cherbourg. En Cherbourg pierde su cartera. No tiene más plata. No la dejan subir al barco. Primer desespero. La Armenia cae entonces sobre filibusteros que desean consolarla, ella los sigue hasta París. Los filibusteros le roban el honor. Ella ha perdido todo. En medio de su desgracia quiere acercarse a su Armenia y parte para la costa. Llega, alquila una pieza en un segundo piso y se tira por la ventana. No se mata. Se arranca sus vestidos, corre por la ciudad: la extranjera está loca.

Al llegar al asilo repetía, si se le puede creer al intérprete: “¿Qué le he hecho a mi marido, a mi marido?” pues en la lengua de Armenia “mouge” significa marido, se dice.

Ella llevaba papeles. Consiguen la dirección del mouge. Le ponen un telegrama. Llega.

Es él quien está en la sala en compañía de un pope. Tiene el permiso del director para hacer exorcizar a su mujer.

La ceremonia va a comenzar.

—La mujer tiene que estar de pie— dice el pope.

Tres enfermeras y una monja desatan a la furiosa, que gesticula y grita terribles palabras de Armenia.

—Nunca había utilizado esos términos groseros— dice el marido. El diablo la posee.

Es también el criterio del pope.

No es el de la monja.

La demente está de pie. El marido recomienda que la agarren bien. Habrá propinas.

El pope abre una maleta. Saca su ropa de iglesia —de iglesia ortodoxa— un plato, un incensario.

La posesía está desenfrenada.

¡Ténganla bien!

El pope se pone sus ornamentos. Se quita su sombrero sin bordes, de forma alta y puntudo, luego se cubre la cabeza con una tiara simpática. Traen agua; echa agua en el plato y, en esta agua, echa viruta de madera. ¡No es eso sin embargo lo que puede hacerle abrir los ojos a la mujer embrujada!

Comienzan las oraciones. El pope parece hablar a sordomudos con sus dedos. Las locas oficiales, acostadas en la sala, le miran con gran interés. Una, inclusive, lo acompaña como con un armonio pues ahora el pope canta.

La Armenia canta también, pero una canción distinta. Entonces el hombre de la tiara le tira a la cara su agua con viruta. Luego va hacia el incensario. Pero es el marido quien tiene las cerillas. Nervioso, el marido no logra encender el primer fósforo. Eso molesta al oficiante. Por fin, el incensario arde. El

oficiante le echa incienso a la Armenia que grita fuertísimo, sin duda porque está mojada.

Se terminó.

—No lo logramos.

El demonio aguantó bien.

Vuelven a amarrar a la demente.

Una vez tuve un sueño: vi a todos nuestros locos reunidos en una isla. Se les había entregado ese territorio. Habían nombrado un rey, habían elegido una Cámara. En lo relativo a esta Cámara no se habían permitido la menor innovación personal, habían copiado el Palais-Bourbon, eso les había bastado.

Cada loco había retomado su antiguo oficio. Los cirujanos cortaban, los médicos administraban las lavativas. Los novelistas escribían, las damas de mundo recibían, las parteras en delirio traían gente al mundo.

Los jefes de estación llevaban un collar de silbatos y hacían partir los trenes todos a la vez, como si dejaran salir un grupo de palomas viajeras.

Los peluqueros separaban meticulosamente en dos partes iguales los cabellos del cliente, luego cortaban a ras un lado y rizaban el otro.

Los farmacéutas preparaban de una sola vez y en una única cubeta las ordenanzas del día, y venían a esta cisterna a llenar sus frascos que llevaban la fórmula solicitada.

Los dentistas se equivocaban de diente. En el teatro, los actores, olvidando de un momento a otro la pieza que representaban, se ponían a recitar alternativamente y sin anunciarlo al público los más hermosos papeles de una larga carrera.

Y el domingo, el cura, presa del diablo, predicaba a todo su pueblo.

A veces, uno de esos habitantes insulares reencontraba la razón, pero ya nadie le comprendía más. Desafortunadamente no se podía escapar puesto que era una isla. Tomaba su frente con la mano, luego, deteniéndose, trataba de reflexionar. Entonces,

de todos los que pasaban intrigados recibía una feliz e inconsciente lluvia de patadas en el culo —sólo con el fin de saber si era un hombre o una estatua—.

De vez en cuando, Francia enviaba en misión a esta colonia un buen escuadrón de sabios que debía “darse cuenta” y ver “lo que se podía hacer”. Abucheados por la masa alucinada, los sabios-embajadores no tardaban casi nada en volver a su barco a paso rápido, no sin antes haber levantado varias veces su brazo al cielo clemente.

Regresaban a la metrópoli gritando:

“¡Que los locos se las arreglen, pero que ya no cuenten con nosotros!”

Yo soñé eso un día.

¿Es un sueño insensato?

## Capítulo 15

### EL PROVEEDOR DE LOS GRANDES ALMACENES

*Philippe, Pintor sobre seda,  
En Saint-Charles (Gironde)*

Está clarísimo, nos encontramos frente a una dirección de comerciante. Se llama Philippe, pinta sobre seda, vive en Saint-Charles, en Gironde, y el número de su registro comercial es 244. Se encuentra en una esquina de sus facturas, a la derecha.

Saint-Charles no es una ciudad, es un asilo. El Philippe que pinta sobre seda es un loco, y su casa comercial tiene su sede en su celda.

Esa celda no es una celda, es una habitación que comunica con otra habitación: habiendo llegado el éxito, la casa Philippe debió ampliarse...

Primero Philippe había comenzado solo. Envió sus modelos a las Galeries Lafayette, al Bon Marché.

¡Buen trabajo!, dice uno de esos ilustres bazares; además el precio es bastante *razonable*. Le escriben a Philippe:

—Expídanos cincuenta cojines modelo A. ¡Cincuenta! Philippe no perdió la cabeza. Fue a buscar al médico-jefe, que justamente era de la escuela de Dide.

—Philippe— le dijo el psiquiatra de la escuela de Dide, usted me solicita dos obreros, elíjalos entre sus colegas de Saint-Charles. Y aquí tiene quinientos francos de adelanto para comprar sus materias primas.

Dos días más tarde el otro de los ilustres bazares respondía: Envíenos cien cojines modelo B.

—Tome los obreros, Philippe— le dijo el psiquiatra.

Philippe vincula otros cuatro pensionarios.

Cuatro, más dos, más él, Philippe, todos sumaban siete locos en el local.

Los obreros preparaban los cojines, Philippe los peinaba.

Eso fue hace un año.

Hoy en día son catorce y Philippe paga impuestos.

—Es una broma— dije.

Philippe abrió su caja y me mostró el recibo del perceptor de impuestos.

—¡Ni siquiera en un establecimiento de locos uno se le puede escapar!

En el fondo del taller se ve un piano, y sobre la cubierta del instrumento reposa un violín. Es el violín de Philippe, y un obrero, Richard, lo acompaña al piano. Ese concierto no tiene lugar a la hora del recreo sino cuando el demonio de la música los empuja. Entonces Philippe y Richard se levantan y van hacia su instrumento y el taller, caído en éxtasis, trabaja cadenciosamente.

—¡Ah!, suspira un encantador insensato, si sólo tuviéramos unas muchachitas obreras!

¿Por qué Philippe se volvió fabricante?  
El me lo explica:

—Necesito un millón porque quiero salvar el mundo. Se trata de desenmascarar la piratería Shackleton. ¿Cree usted como el resto de los hombres que el explorador Shackleton murió? ¡Está vivo, el bandido! El anuncio de su muerte es una nueva astucia de Inglaterra. Shackleton recibió de Inglaterra la misión secreta de detener la evolución terrestre. Este es el plan: él espera la hora propicia para ir a plantar profundamente en el polo Sur una gigantesca antena de platino. ¿Qué efecto tendrá? ¡Ignorancia de mis contemporáneos! Hará simplemente que la tierra así inmovilizada no gire más y que la mitad de sus habitantes sorprendidos entonces con la cabeza hacia abajo se precipiten en el abismo de la nada.

“¡A trabajar, mis amigos!— grita Philippe en el taller. Ayúdenme a salvar la tierra que no debe parar de girar”.

Y los obreros de cojines, con el corazón renovado, vuelven febrilmente a su tarea...

Me era agradable pensar, en este extraño taller, en los almacenes Bon Marché y Galeries Lafayette, esos serios establecimientos. Me parecía escuchar al jefe de departamento, uno de los más destacados funcionarios de la tienda, llamar, para poner en la puerta, a un pobre mensajero de espaldas estrechas culpable de alguna fantasía.

—Señor— le decía ese suboficial de la confección comunicándole su despido, Señor, sepa que aquí no trabajamos con locos...

**PÁGINA EN BLANCO  
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

LOS QUE HAN MATADO

Aquí están los locos asesinos.

Son tan tranquilos o tan locos como los otros en este patio de asilo. El interno me presenta a Norbert.

Es un campesino de mirada tranquila.

—¿Por qué mató a su nuera, Norbert?

—Ella quería gobernar en la casa bajo el *pretexto* de que tenía la piel nueva. Le dije: “Nuera mía, vas a llamar mi malestar”. Ella me dijo: “Usted ya no manda más en esta casa, aquí es mi casa *porque* me casé con su hijo”. Le pegué un hachazo en la cabeza, nada más que eso.

Sonriente, reemprende su paseo.

—¿Y usted, Péchard? Díganos claramente, pero claramente, ¿verdad?, por qué mató a su mujer?

—Claramente, Señor doctor, la maté por causa de la costilla derecha.

—¿Qué tenía la costilla derecha de su mujer?

—Estaba a la izquierda. Entonces, usted comprende, era un insulto a la divinidad. ¡La costilla derecha a la izquierda! ¡No! Entonces, Señor doctor, entonces, ¿a dónde vamos a parar?

Julien mató a su mujer y a su hijo.

La mujer amamantaba a su hijo. Julien vuelve de la fábrica. Ese cuadro maternal lo golpea de terror. Va a la cocina, agarra un gran cuchillo y, de un solo golpe, atraviesa el cuello del niño y el seno de la madre.

—Yo entro ¿no es cierto? ¡El niño estaba devorando a su madre! Ella sonreía de dolor, la pobre mujer. ¡Ah! Actué rápido para liberarla. ¡Y fue a tiempo, sabe usted! ¡Sin mi...!

Un muchacho musculoso se encuentra en cuclillas, el torso desnudo, contra el muro y lee un catecismo.

Hace quince días mató a dos pecadores.

Está en el asilo en observación.

—Llegaré a saber qué tiene en el vientre— dice el doctor.

—Tripas— responde el hombre. Y también el copón de las hostias. Y luego el báculo del señor obispo. Mi diosito dijo: “No quiero la muerte del impío”.

El hombre, que se había levantado, cae de rodillas y recita:

“¿Quién creó el mundo? Fue Dios quien creó el mundo”.

—¿Y quién mató a sus dos camaradas como un cobarde?— pregunta el doctor.

—El espíritu del mal. Pero no me hable de esa matanza. Usted me va a producir pesadillas. Cuando pienso sobre todo en los niños que quedaron tengo remordimientos. ¿Qué quiere usted? Con una mano te hieren, con la otra te cicatrizan.

El hombre vuelve a clavarse en su catecismo y continúa su lección:

“¿Cuánto tiempo tomó Dios para crear el mundo? Dios creó el mundo en siete días...”

Este místico no sería más que un sobresimulador.

Hay cosas más trágicas: el rincón de los niños-monstruos.

Todavía no han cometido crímenes, son demasiado jóvenes, pero el crimen los habita. Su locura consiste en querer hacer el mal.

La muchacha que me presentan tiene nueve años. Su inteligencia es brillante. La empleaba para prender fuego en su casa, para sembrar de agujas la cama de su madre. Cada día cortaba un pedacito de la cola del gato. En el asilo, acecha durante horas el paso de las monjas, y cuando una de ellas llega, le pellizca ferozmente la pantorrilla. La niña-monstruo me tiende la mano. Tomo su mano. La pequeña lanza gritos como si yo acabara de escaldarla.

¡Mi mano— grita, mi pobre manita, este señor me la ha quemado!

Luego, sin transición, se pone a reír y nos muestra sus muslos. La hermana quiere intervenir.

—Vete, puta— le grita.

Aquí está un muchacho de catorce años. Su cara es graciosa.

—Buenos días, señores— dice.

Nos ofrece dos figuras de papel con forma de gallina.

—Así, tiene un aspecto amable— dice el doctor. ¡Pues bien! Sólo piensa en el crimen.

—Yo lo quiero mucho a usted, doctor.

—Tú me quieres, sí, solo que si en cuatro o cinco años me encuentras en un terreno descampado me asesinarás, ¿no es verdad, Pierre?

Pierre simplemente responde:

—Hay que hacer el mal.

¡Pues bien! ¿En qué puede desembocar ad-mi-nis-tra-ti-va-men-te la gran miseria de los locos criminales? En pura comedia ligera.

Estas comedias tienen dos autores.

Esos autores no tienen la reputación que se merecen.

Reclamo para estos eminentes humoristas dos sillones gemelos en la Academia Francesa, la corbata de la Legión de Honor, y luego, cuando hayan muerto, una estatua sobre el techo del Palais-Royal.

Uno se llama el artículo 64; el otro la ley del 38.

Son la misma cosa. Si no se reparten equitativamente los derechos de autor es porque el uno roba al otro.

El artículo 64 da el beneficio de no-lugar o absuelve al personaje principal de la pieza, el cual lleva siempre el nombre de “alienado criminal”.

De inmediato, la ley 38 se apodera del señor. Lo desviste, lo palpa, le hace dar vuelta, luego, alzando los hombros, dice: ¡Criminal si quieres, mi viejo colaborador, eso no me concierne. Pero ¿alienado? Ah, no. Dejo en libertad a tu hombre”.

El personaje reencuentra la libertad. El telón cae. Es el entreacto.

El personaje aprovecha el entreacto no como ustedes podrían suponer, para comprar naranjas, pastillas de menta, bombones amargos, sino para recomenzar su oficio, que consiste en robar, piratear, asesinar.

Suenan los tres timbres: segundo acto.

El gendarme introduce de nuevo al personaje en el palacio de justicia.

—¿Qué?— dice el artículo 64, ¿eres tú? ¿La ley 38 te dio la libertad?

—La ley 38 dice que yo no soy un alienado.

—¿Eso dice? ¡Espera!

El artículo 64 abre un cajón y destapa un frasco de pegamento.

—Date vuelta— le dice al personaje. En su espalda le pega un afiche donde puede leerse: “*Alienado llamado criminal*”. Firmado: Artículo 64.

—Vuelva a llevar a este hombre ante la ley 38— dice el artículo al gendarme.

Telón. Entreacto.

En esta oportunidad, el gendarme y el personaje aprovechan el entreacto para tomar el tren. Van a buscar a la ley 38, con sede en el inmueble llamado asilo.

Tercer acto.

La ley 38 reconoce al personaje y se exalta:

—No creas que te vas a burlar de mí por mucho tiempo. Te eché de aquí, ¿sí o no? ¡Vete al carajo!

¡Espacio!— replica el personaje. Usted me echó por una piratería anterior y no por la última; además, mire mi espalda.

—¡No hay error!— dice la ley, estás en regla, la firma es auténtica. Puedes regresar.

—Usted sabe— dice el personaje, me quedaré aquí unos quince días: la temperatura es clemente y eso me ayudará a reposar. No se afane en examinarme.

—¡Como gustes!— dice la ley.

Pasan quince días. El personaje está aplomado. Va a encontrar a la ley:

—¡Es el momento de auscultarme el cerebro!

—¿Podrías esperar un poco?

—Ni un día. Hace seis meses usted me entregó un certificado probando que yo no estaba loco. Hay que tomar una decisión: renegar de su firma u honrarla.

—Es verdad— dice la ley. Te suelto. Estás libre. ¡Adiós!

—¡No!— dice el personaje, ¡hasta la vista solamente!

—Cómo así hasta la vista.

—Yo pasé dos períodos cortos en su asilo, ¿verdad?

—Sí, claro.

—Cuando de nuevo comparezca ante el artículo 64, el artículo 64 me preguntará: “¿De dónde viene usted?” “De la casa de los locos”, le responderé. Entonces el artículo 64 sacará su frasco de pegamento y yo volveré aquí a mostrarle mi espalda. ¡Hasta pronto, señora ley del 38!

La pieza termina.

## LA SEÑORA GASTON SALE DE PASEO A LA CIUDAD

La Señora Gaston es una de las que pagan su permanencia en el asilo. Ella debe salir hoy a hacer sus compras. La hermana Agathe la acompañará.

Aquí están la monja y la señora en la calle. El viento pica. Sólo se ve un pedacito de la nariz de la Señora Gaston. La pareja va bien. La monja coloca su mano sobre el brazo de su compañera y le dice: “Usted camina demasiado rápido”. La compañera acelera. La hermana también, pero al menos veinte pasos atrás.

Avanzamos por la calle Georges-Clemenceau. Es una carrera a fondo. De pronto la Señora Gaston bloquea los frenos. ¡Bendita sea! Es el mostrador de un comerciante de pipas que nos da respiro. La señora entre en el almacén del negociante en pipas. La monja entre también. Yo también entro.

—¿Una pipa, Señor?— pregunta el dueño del almacén.

—¡Oh! No para mí— digo.

—Déjeme ver las pipas— dice la Señora Gaston.

—Perdónala, Señor— susurra la monja.

El vendedor coloca una caja llena de pipas delante de la Señora Gaston. Ella aspira todas las pipas alternativamente, como

si fueran barras de regaliz. La monja la tira de la manga. El vendedor de pipas no dice una palabra más.

—Deme dos pipas— dice la señora.

—¡Dos!— exclama la hermana.

¡En ruta! Parada en la pastelería Suisse. Pasteles. Hasta el cuarto pastel la monja no dice nada. Cuando la pensionaria clava con su tenedor los pasteles cinco y seis: “Ya basta, dice la hermana, usted va a hacerse mal”. La Señora Gaston coge de inmediato dos pasteles de cerezas. La hermana le arranca el plato. La señora Gastón abre su cartera y, bajo el ojo alarmado de la pastelera, tira dentro cuatro pasteles de crema.

Partida. ¡La hermana con seguridad debe ofrecer este paseo a Dios para que cuente a la hora de la muerte! Entramos a un almacén de novedades. La mujer vuelve a abrir su cartera. ¡Los pasteles han hecho un hermoso trabajo! Ella retira una hoja de papel y lame la crema que se le ha pegado. La señora Gaston viene a comprar una camisilla y pantuflas. De pronto se quita sus guantes, muestra sus dedos ruñidos por ella misma y grita a la clientela: “Es la hermana Agathe quien se me come los dedos. ¡Miren! ¡Miren!”

La clientela mira. La hermana Agathe baja la cabeza. Y yo salgo cobardemente por otra puerta.

## LOS HERMANOS DE LA DROGA

El opiómano, el cocainómano, el morfinómano son igualmente locos pero, por conveniencia, se les llama toxicómanos.

Cuando una razón sólida los obliga a divorciarse de la droga, no van donde un abogado sino a una casa de salud.

El toxicómano es un señor que cuando no ha absorbido su dosis de opio, de coca o de morfina, se encuentra listo a desaparecer de donde se encuentre como una servilleta que cae de su clavo.

En Indochina eso se llama “estar niên”.

Fue en Saigón donde por primera vez vi a un hombre “niên”.

Yo estaba con un camarada a quien sólo le deseaba el bien.

—Escúchame— le decía yo, vas a proceder así y ganarás cien mil francos.

El camarada no me escuchaba. Desfallecía.

—No te enfades— le dije, todavía no los tienes.

Los ojos del camarada lloraban.

—¿Qué tienes?

—Estoy “niên”.

—¿Qué eres?

Pero el compañero sale rápido, va a su pieza, se tira en su cama, agarra su pipa como si fuera al asalto de una embarcación y, chocando sus dientes, elabora su pequeña preparación.

Resucita a la tercera pipa.

—Ahora— me dice, puedes continuar deseándome fortuna.

El opiómano es el más digno de compasión de los toxicómanos. Se puede meter los dedos llenos de opio en la nariz en cualquier momento.

Basta sólo un rincón en cualquier lado para inyectarse el muslo con pasión.

El amante de la droga es un esclavo desconocido.

El cocainómano y el morfinómano son móviles, como cañón de guerra.

¡El opiómano es la artillería pesada! Requiere diván, estera, cama o litera. Una lamparita, aceite, un bote de droga, una aguja de tejer y un bambú que, por ser tabú, debe tener treinta centímetros de una punta a la otra.

Un opiómano es una especie de persona a la que le falta una pierna: casi ni puede salir de su hueco. Sin embargo, instalado en una cabina de primera clase dará la vuelta al mundo si usted lo quiere. Pero si va de Paris a Niza sin escala, se trata de un hecho considerable. Debe alquilar las dos literas del vagón-cama.

Una sola bastaría para la celebración de su sacrificio, pero no puede concebir que en mitad de su oficio el viajero de la litera de arriba asome la cabeza y diga.”¡Hey, usted! ¿Cuándo termina de asar avellanas allá abajo?”

Pues el profano que huele el humo del opio se dice siempre:

—Por aquí huele a avellanas.

No obstante, el opiómano a veces se encuentra forzado a viajar con otros. Al cabo de veinticuatro horas nuestro querido amigo se ha convertido en un mártir.

Guarda muchas cápsulas que compra vacías donde el farmacéuta y que rellena de opio. Es tético. No es tan bueno como el humo; sin embargo se mantiene en el cuerpo durante algunas horas.

Pero las horas pasan...y las cápsulas ya no pasan. El hombre suda, los ojos lloran, su nariz moquea. Su compañero apenas tiene el tiempo de agarrarlo por el brazo y de sostenerle la frente en la puerta. Mistral, monzón, bora, todos los vientos de mar adentro le sacuden interiormente del ombligo al cerebro. No puede más. Siente que se va. Iba para Madrid, se detiene en Sigüenza. No duraría tres horas más. Baja del tren. Está enloquecido de dolor. Poco importa el precio, requiere una habitación, una habitación de inmediato, donde él correrá a esconderse como un criminal perseguido por la policía.

¡Por fin tiene su habitación! Afiebradamente abre su bolsa que no ha soltado un minuto durante el viaje.

¡Está allí adentro! Si tuviera que salvar de una catástrofe a su mujer o a su bolsa, saltaría primero sobre su bolsa. Entonces comienza su cocina alrededor del bote de opio. Con la primera pipa vuelve a la vida. Con la segunda, sonríe. ¡Con la décima su paraíso es recobrado!

Cuando, favorecido por los dioses, usted viaja sobre las tierras del sol, usa tranquilamente gafas oscuras. Todo cambia de color, el mar es rojo, los árboles amarillos, el cielo está dorado. ¡Hasta el cónsul de Francia, si usted lo cruzara, tendría el color de un Chino! Por ser tan inesperado, la existencia es encantadora. Quítese las gafas: ese mundo imaginario se desfonda. Usted ve las liebres: eran gatos.

Es lo mismo con el toxicómano. Toma él sus gafas, quiero decir su pipa, su jeringa o su dosis, el mundo baila bajo sus ojos una zarabanda embrujada. Pasa una vieja cargada de carnes: “¡Oh! ¡Admirable jovencita!”, dice. Si él le escribe “¡Hurra! Los dioses me envidian, la tierra entera está a mis pies”, tal cosa significa que fue a proponer un negocio y que le dijeron: “La cosa me parece interesante, vamos a estudiarla; vuelve a pasar en ocho días” A veces es lo contrario: “¡Caramba! He caído en

un hueco y cada vez me hundo más. ¡Auxilio! Esta noche ya será muy tarde”. Traduzca: “Una pequeña parada en mis proyectos. Sólo mañana sabré el resultado de mis gestiones”.

Al comienzo de la droga es un matrimonio de amor.

Pronto hay que aumentar la dosis.

Se comienza con diez pipas, se termina con ciento cincuenta en un día.

Entre más absorba el toxicómano, más hambre tiene.

Es en ese momento cuando la vida del toxicómano no tiene sino un fin: conseguirse la mercancía.

Su interés, su profesión, sus afectos, su familia, todo eso lo ve el enfermo todavía, pero lo pisotea para alcanzar más rápido un poquito de Merck (cocaína), una cajita de Benarés. ¡Famoso! ¡Benarés!. O la orden del médico corrupto que por diez francos, bajo pretexto de desintoxicación, le abre las puertas del boticario de morfina.

Entonces bajo los ojos de nuestro divino desgraciado el mundo develará sus secretos.

Nuestro hombre se sentirá transportado a través de las edades y de los aires sobre los famosos tapices volantes. ¡Y para vivir en la eternidad este cuento intraducible, se irá, como ese querido y viejo compañero de ruta lo hizo hace un tiempo en Marsella, a cortarse deliciosamente las venas de la muñeca, en una bañera, en el baño turco!

A veces deciden hacerse desintoxicar. Durante ese corte abrupto se enloquecen todavía más. La privación de la droga desencadena un tifón alrededor de ese pobre pasajero de una casa de salud. Llega un momento en el cual el debe sostenerse o naufragar.

Detrás de la puerta el hombre se balancea, rueda, se levanta, se cae y, en medio de la cólera, que es lo único que lo sostiene, se le oye gritar al doctor:

—¡Asesino! ¡Vendedor de sopa! ¡Cuando salga voy a estrangularlo!

## Capítulo 19

### ISOARD ESTÁ CURADO

Isoard está curado. Esta mañana dejó el asilo. Enceguecido por la libertad, se ha detenido frente a la reja y mira la avenida frente a él.

Desde ocho días atrás Isoard me veía rondar por su establecimiento, me conocía bien.

—Lo invito a almorzar— le dije.

Me respondió:

—No me encuentro bien vestido.

Partimos.

Isoard es musculoso. Había hecho la guerra sin que “nada” le pasara.

—Entonces regresé al pueblo. Yo era herrero. Iba a casarme cuando caí en la tristeza. No sabía cómo recuperarme. Tenía temor de todo. Si el cartero me traía una carta, yo no la abría. Suponía que dentro había desgracias. Ese estado duró dos meses. Un día quise defenderme. Yo creía que todo el mundo me acechaba para hacerme mal; entonces golpeé a un camarada

tanto como pude. Ahora todo lo vuelvo a ver. Hicieron bien en encerrarme, habría podido matar, quizás.

—¿Hace mucho tiempo fue eso?

—Bueno, hace justo dos años.

—¿Y qué hizo usted en el asilo?

—Durante un año esperé para curarme y durante el otro esperé para salir.

Me instalé con Isoard en una mesa de un restaurante del Dôme.

—A lo mejor ya ni sé comportarme en una mesa— dijo.

—Y cuando estuvo curado, ¿qué hicieron con usted en el asilo?

—Me dejaron entre los locos. Yo le decía al doctor: “¡Esto me va a volver a poner enfermo!” El me decía: “Tengo que observarlo”. ¡Oh! El era muy amable. Fue él quien me hizo salir. Este es su certificado. Dice claramente que yo soy completamente normal.

Isoard no había manejado ni cuchillo ni tenedor desde dos años atrás y contemplaba estos instrumentos con alivio.

—Es la prueba de que estoy libre— decía.

Y agregaba como para no ocultar nada de la simplicidad de su alma:

—Me da mucho gusto.

Isoard tomaba un tren a las tres de la tarde para regresar a su casa.

—Voy a acompañarlo hasta su casa— le dije, ¿no le molesta? Era a sesenta kilómetros de allí.

Llegamos al pueblo.

Este es mi taller— dijo, deteniéndose frente a una barraca.  
Otra persona forjaba en su lugar. El lo conocía bien.

—¡Hola! ¡Buenos días!— le dijo.

El herrero se quedó con el martillo sobre el yunque.

—¡Ah! ¿Eres tú?— dijo. ¿Te soltaron? ¿Significa que estás curado?

—Significa que estoy mejor.

—¿Entonces vas a ir a ver a tu madre?

—¡Sí, claro! Estoy de regreso.

Retomamos nuestro camino.

—¡Buenos días!— dijo Isoard a otro aldeano.

El otro le respondió: “¡Caramba! Te creía muerto!”

Esta es su casa. Entramos. La madre lavaba ropa en el patio.

—¡Buenos días!— dijo Isoard.

La madre se volteó y soltó su pala de escurrir la ropa.

—Estoy tan contenta de que regreses ya. ¿Entonces esos señores te dieron un buen certificado?

—Tengo el certificado.

—¡Bueno! Siéntate pues, así como el señor que te acompaña.  
¿El también sale del asilo departamental?

Me fui para el pueblo. La noticia ya había sido conocida. El herrero me preguntó:

—¿Por qué es que lo soltaron si está loco?

Seguí al herrero hasta el albergue.

—¿Ustedes saben que Isoard está de regreso?— lanzó el hombre.

—¿Y por qué es que lo soltaron?— dijeron los pobladores.

—Primero, él no podrá trabajar más. ¿Vas a devolverle tu forja, Monchin?

—Inclusive si viniera a hacerse herrar no lo querría.

El alcalde estaba entre las personas.

—Pero él está curado— dije yo. El es como ustedes. ¡Yo lo traje!

Entonces el alcalde proclamó:

—No queremos un loco en el pueblo. Puesto que hay casas *esprecsamente hechas para ellos*, ¿por qué no los guardan allí? La primera vez que mueva un dedo lo reempaco. ¡Ah, sí!

Ah, sí.

## ¡OH PSIQUIATRÍA!

¡Y entre los locos, en medio de este carnaval alucinante, hay hombres que no están locos!

Apenas usted llega al antro, una cantidad de pensionarios se arrojan sobre usted, tienden cartas, suplican que se les mire: “¡Míreme! ¿Por qué estoy aquí? No estoy loco. Es una infamia. ¿Van a dejarme morir en esta prisión?”

Los gritos y los gestos vivos no prueban que estas personas encerradas hayan perdido la razón. Un hombre caído en el fondo de un pozo dará voces apenas oiga los pasos de alguien que pase.

Otros son tranquilos:

—No lo niego, tuve anemia en el cerebro, pero hace tres años. Desde hace más de dos años no siento nada más, veo claro como antes. ¿Por qué no me dejan ir?

Si este enfermo lo hubiera sido del hígado, de los bronquios, del vientre, tan pronto se hubiera curado habría salido del hospital. Bueno, es que el hecho está en las costumbres y la medicina general es más vieja que la psiquiatría. En varios siglos, la psiquiatría habrá asegurado sus bases. En el año 2100, el curado tendrá el derecho de estar curado. Por el momento, debe

esperar su hora; ¡la ciencia, de su lado, espera la suya! El loco nació demasiado pronto.

—¿Este hombre está verdaderamente curado, doctor?

—Posible. Desde hace varios meses, él es normal. ¿No recaerá?

Es preferible para un hombre ser bandido que loco. Cuando el bandido ha purgado su pena, se le abre la puerta de la prisión sin preguntarle si recomenzará.

Los brazos colgantes, el ojo átono, el exenfermo escucha. ¡Ahora está prisionero, no en nombre del pasado sino en nombre del futuro!

—Bueno, no lo sé— dice él, y usted tampoco lo sabe. Todo lo que se sabe por el momento es que estoy curado. Entonces, ¿qué hago entre los locos?

El espera allí a que caiga más luz sobre la humanidad.

Miremos un documento. Es hermoso.

Unos parientes se dan cuenta de que uno de sus primos saborea la hospitalidad de un asilo desde 1919. Hacen el viaje.

Lo ven “tan lúcido” gracias a que su conversación “no puede ser mejor”. Los primos pasan sobre los derechos de la mujer del alienado. Preguntan al doctor por las razones para mantenerlo en el asilo.

Ellos reciben este certificado:

“El Señor X va muy bien físicamente. Desde el punto de vista mental está tranquilo y dócil, pero despreocupado, indiferente, sin ocupación, poco consciente de su interés real, sin preocuparse de su futuro. Su lugar sigue siendo el asilo porque ya no podrá adaptarse a la vida social”.

“¡Es despreocupado!”. ¿Entonces por qué gritó hacia sus primos apenas lo descubrieron?

“Sin ocupación”. ¿Quizás podría, en recompensa a los buenos cuidados con los que ha sido rodeado, construir un monumento en honor de los médicos del asilo?

“Poco consciente de su interés real”. Antes de cualquier otro, su interés real es el de irse. “No se preocupa de su futuro”. ¿Ven ustedes este fenómeno encerrado desde hace seis años y que se permite estar sin preocupaciones acerca de su futuro?

“¡Su lugar está en el asilo porque ya no podrá adaptarse a la vida social!”

Ciertamente, ese médico-jefe no sabe lo que escribe.

Con semejantes “considerandos”, yo hago encerrar veinte de mis mejores amigos en una mañana.

Y también al llamado médico-jefe.

¡De hecho, es sorprendente que todavía no lo esté!

Si la ley del 38 permite a los médicos entregarse a tan conciencizadas bromas, esa ley es una bufonada, no una ley.

¡Porque vive despreocupado de su futuro, un hombre se encuentra tras las rejas desde hace seis años!

¡Escudriñen los asilos! De cada uno ustedes traerán enfermos así.

Una ciencia que anda a tientas se abroga prerrogativas que sólo debían pertenecer a la justicia.

La idea de persecución causa muchas desgracias. Causa desgracias sobre todo en aquellos que la tienen. Los psiquiatras no carecen de psicología sino de informaciones, y cuando la psicología reposa sobre bases erróneas, sigue siendo psicología, sólo que es falsa.

Los asilos están llenos de verdaderos perseguidos —es decir, de gente perseguida sólo por su enfermedad. Que de entre esos enfermos auténticos un hombre víctima de una mala jugada se levante y se diga: “Mi mujer quiso deshacerse de mí para vivir en paz con su amante”, este hombre, de por sí, es un perseguido. Lo que dice es exacto. Bastaría dar una vuelta por la ciudad para verificarlo. Esa vuelta no se da. El hombre, sin embargo, no presenta otros síntomas de locura. “Escuche, dice el doctor, reconozca que usted no está siendo perseguido por su mujer y

lo suelto”. El paciente debería reconocer. Es testarudo. Sostiene la verdad. “Mi mujer me persigue, dice él, y no me muevo de esa posición”. Tampoco se moverá del asilo.

He aquí un hecho. La Señorita Berger tiene setenta años. Ya no muestra ningún signo de desarreglo. El doctor ordena su salida. Pero la enferma comete la imprudencia de decir: “Yo no me iré sino en algunos días, escribí a mi madre para que venga a buscarme. La espero”.

A los setenta años ya no se espera a la madre. La Señorita Berger, por lo tanto, no está curada. Se vuelve a poner en observación a esta abuela que juega a la niñita. Pero la Señora Berger llega al asilo.

—No hay error— dice el doctor, la madre existe. Entonces la señorita está curada.

¡Oh psiquiatría!

Los alienistas le dicen a usted:

—¿En qué se mete su ignorancia, señor?

¡Ignorancia? ¡Ah! ¡Déjenme llorar, Psiquiatras! Todo su arte no consiste sino en un cara o sello.

Vean la historia de Señor Serre. El señor Serre ha dejado de delirar. Está bien. Al menos ustedes lo juzgan así. Ustedes dicen a su familia: “Si usted consiente en retomararlo, no podemos oponernos”. La familia quiere al señor Serre. Sale.

Al día siguiente, el señor Serre toma a su mujer, a sus dos hijos y los lleva al restaurante. Regresan y cierran la puerta de la casa tras esa buena velada. Serre agarra a su mujer y le corta la garganta. Va donde los niños y los apuñalea. Después, saca una cuerda de su bolsillo, va a la cocina, lava sus manos ensangrentadas y se cuelga —sin cerrar la llave del agua.

Poca suerte para los curados del asilo cuya maleta estaba lista.

No basta con ser inocente, se necesita que el vecino no haga pensar que usted puede convertirse en un criminal.

En la duda, todos nos volvemos dudosos.

Los hombres sufrirán aún por largo tiempo la ignorancia de los hombres.

Locos, semilocos son mantenidos en los asilos. Parecería que se le quitara una medalla al Señor Psiquiatra cada vez que le quitan un enfermo.

Conozco alienistas que sienten que su corazón se les destroza cuando firman una orden de salida. ¡Son las entrañas que se les arranca!

Usted tiene razón, dicen ellos, corrijamos la ley del 38, pero no en el sentido que usted supone, ¡al contrario! Hagamos más cómodo el internamiento.

¡Si los chiflados, los maníacos, los excéntricos, los bizarros, los inventores deben ser encerrados, contraten a los albañiles! Tenemos ochenta asilos. ¡Quintuplicuemos! ¿Temen ustedes carecer de mano de obra? No se detengan. ¡Secuestren a estos señores originales y, con sus propias manos, eleven sus bastillas!

Los enfermos, doctores, no carecen de asilos, carecen de cuidados.

Los asilos hacen locos.

—¡Es falso!— proclaman los expertos.

Los asilos han hecho locos primero a algunos alienistas.

Y no vuelven a acomodar el espíritu en su lugar. Cada día, al salir de esos establecimientos, la vida ordinaria me parecía trastornada. El señor que en el tranvía se sonaba la nariz con violencia; el empleado que amasaba desdeñosamente su dinero en su cartera y, de pronto, tiraba el cordón de la parada; el imprudente que, despreciando el peligro, galopaba tras el carro sobre la calle resbalosa; los hombres mal vestidos gritando *L'Intran* mientras ofrecían *Paris-Soir* y *La Presse* mostrando *La Liberté*, nada de todo eso era claro. Por lo tanto, psiquiatras, ustedes tiene razón. ¡Construyamos otros asilos!

**PÁGINA EN BLANCO  
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

## DONDE EL SEÑOR PSIQUIATRA

El Señor Psiquiatra es un hotelero que atrae a sus clientes al son de la medicina.

Dirige una casa que se llama de *santé* —como la prisión.

Toca la ciencia como otros el cuerno de caza.

Es igualmente un guardián despiadado.

Además es un “vidente”. No lee las líneas de la mano sino los surcos del cerebro.

El Señor Psiquiatra me mandó a decir que en mí no veía a un loco sino a un cretino.

Todo lo anterior para precisar de inmediato las relaciones que nos han unido cordialmente estos meses de invierno.

La primera vez que le rendí visita me recibió en uno de sus salones. Ocupábamos dos ángulos de la pieza, él en una silla, yo en otra. Doce metros nos separaban. Eran las cinco de la tarde. Clavado en mi rincón, veía no sin sorpresa disminuir la distancia que me separaba del señor Psiquiatra. Tras cada uno de sus argumentos, que en algunos casos eran perfectos, redondos, avanzaba su silla cincuenta centímetros en mi dirección. Pronto nos encontramos sólo a seis metros. Eran las cinco y media de la tarde. A las seis, su nariz tocaba la mía, instante mismo que él eligió para exclamar: “¡Señor! ¡Hay que ver la cosa en perspectiva!”

Ese día comprendí una desventura reciente del Señor Psiquiatra.

Se encontraba en el primer piso, con uno de sus clientes, tan bien vestido como él. El cliente pretendía que su cama era mala y se negaba a entrar en esa pieza.

El Señor Psiquiatra entró en la habitación y se puso a saltar sobre la cama con el fin de demostrar la excelencia del colchón. Pasa un enfermero nuevo. Ve al hombre que gesticula, cierra la puerta rápidamente. El loco que estaba en el corredor no dice nada y se va.

Al cabo de tres horas, nuestro amigo todavía no había sido liberado. Nadie quería creer que él era el médico y no el loco.

El establecimiento del Señor Psiquiatra es una cacharrería. Es el mercado de las pulgas: allí se encuentran verdaderos locos, antiguos locos, *futuros locos*. Hay el auténtico, el probable, el dudoso, el recalcitrante y la víctima. Se ve al hombre encantado de haber obtenido un certificado de alienación mental pues de lo contrario estaría en prisión. Este paga el precio más alto.

¿Han pasado ustedes varios meses de su vida haciéndose expulsar? Es sólo cuestión de acostumbrarse. El Señor Psiquiatra me hizo agarrar nueve veces de sus lacayos y me puso de patitas en la calle.

Yo era sin embargo amable y no hacía demasiado ruido en los locales. ¡Sobre todo un día! Sentando en la antecámara, leía *Les Trois Mousquetaires*. El capítulo se estaba volviendo apasionante cuando, de pronto, un señor confortablemente decorado se detiene frente a mí y me grita con voz fuerte:

—¿Usted espera a alguien?

—No, Señor— le digo confundido.

..¿Qué hace entonces aquí?

—Me esperan.

—¿Quién le espera?

—Mi primo hermano, Señor.

Comprenderán que le estaba diciendo una gran mentira. Espero que mis padres me perdonen haber introducido este loco en la familia.

—¿Dónde está su primo hermano?

—Pues es eso lo que quisiera saber— le digo. Y agrego el nombre del internado.

—Es peligroso— dice el Señor Psiquiatra. Delira desde hace ocho días, no permitiré que se le acerquen.

—¡Ocho días!— le digo, siempre tímidamente. Sin embargo anteayer me escribió esta larga carta que se ve muy serena.

—¡Ah! ¡Le escribió de nuevo!

Después de ordenar que me echaran a la calle, el Señor Psiquiatra partió furioso hacia su reino secreto —y sin siquiera despedirse—.

En otra ocasión fui más astuto. Cuando la gente se toma su tiempo y no me atropella, pueden llegar a hacerme comprender cualquier cosa. Se trataba de entrar a cualquier precio al asilo. Entonces me digo que si pregunto por un ciudadano que no está loco me van a lanzar al viento, a la lluvia y al barro. Así las cosas, sólo queda una solución: hacerme el pariente de un loco furioso. A este me lo mostrarán, así deba él recibirme soplándome en la cara la última capa perfeccionada de gases asfixiantes.

Pregunto por él. Un loco evidente, le daba legitimidad al establecimiento del Señor Psiquiatra. Voy a buscar a los parientes del loco.

—Señor y señora— les digo, es indispensable que me convierta en su cuñado.

—Pero no tenemos hermana— me dicen ambos muy amablemente

No mencionemos a la hermana— les digo. Me convierto de cualquier forma en su cuñado y les acompaño donde el Señor Psiquiatra. Allí nos deben conducir cerca de su pariente. Estoy

en el antro. Yo los dejo un momento. En el jardín habrá una mujer paseándose.

—¿Una mujer así y asá?

—¡Sí!

—Usted la rapta...

—No, Señor, no la rapto, simplemente yo aprovecho para hacer mi asuntito.

—¿En el jardín?

—Donde pueda. Después me uno a ustedes. Y listo el asunto. ¿Están de acuerdo?

—¡Chóquela!— me dice el señor.

—¡Choquémoslas!

Estoy pues donde el señor Psiquiatra. Es una casa de recreo.

En una banca, un señor ha acabado de pasearse. El cuello de su sobretodo está levantado y, con la punta de su bastón, escribe en la arena. En voz alta da órdenes bursátiles a su enfermera.

—Compro en firme mil Suez y cinco mil Godchaux. Vendo mis Saint-Domingue. Invierto todo en el Kummel de Ucrania. ¡Vamos! ¡Rompa filas!

Este es el *pariente*.

Se ve bien. Muchas familias se sentirían honradas de tener un hombre de esta distinción. Desafortunadamente, tiene dos cabezas. Es su enfermedad. ¡No se ve pero, en cambio, él lo sabe! Una de sus cabezas está cubierta por una cachucha, la otra por un sombrero de copa. Cuando es la cabeza del sombrero de copa quien lo dirige, ustedes pueden sacarlo al mundo que se conducirá convenientemente. ¡Pero qué granuja cuando es la cachucha la que gobierna su cabeza! Es justamente el caso de hoy.

Le digo buenos días:

—¡Diente de león en la tumba!— me responde.

Veo a “mi” mujer en el jardín. Me esperaba. Me entrega la historia escrita de su internamiento. Y parto.

Ahora les voy a contar lo que ocurrió al día siguiente.

Al día siguiente, el Señor Psiquiatra supo que yo había visto a la mujer prohibida: entonces la esconde. No saldrá más al jardín. ¡Irá a una pieza sin calefacción! La *picarán* a la fuerza, para embrutecerla, en caso de una visita de control.

El Señor Psiquiatra exclama: ¡Ah! ¡Esta no me volverá a hacer la jugada que me hizo con el otro!

¡El otro le había “hecho la jugada” de probar que ella no estaba loca!

Esta mujer está prisionera.

Ningún jurado la ha condenado.

Sólo el Señor Psiquiatra así lo ha decidido.

¡El rey ha muerto, viva el rey!

Y el 14 de julio de 1789 el pueblo de París se tomó la Bastilla, se dice.

**PÁGINA EN BLANCO  
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

## Capítulo 22

### FIN

Aquella mañana me paseaba sin rumbo por un pabellón del asilo en compañía de un interno.

—Los locos— me decía él, no son lo que se supone. El público los considera mal... No siempre son fuerzas desencadenadas. A propósito, mire estos, reunidos en esta sala.

Eran una decena. Hablaban un poco alto, es verdad, pero eso les sucede también a las personas más sensatas.

—Puede entrar— me dice el interno.

Entro. Las cabezas sorprendidas se voltean hacia mí. Reconozco al médico-jefe en medio del grupo.

El interno me agarra del brazo.

—¿Qué?

—¡Error!— dice mordiéndose el labio, no son locos sino alienistas. ¡Es la Liga de Higiene mental que está en reunión!

¡Por poco nos confundimos!

**PÁGINA EN BLANCO  
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

## REFLEXIONES

La manera como nuestra sociedad trata a los ciudadanos llamados alienados data de la edad de las diligencias.

Ver vivir a nuestros locos no es más sorprendente que ver en nuestros días partir a dos viajeros en diligencia a trabajar a Roma.

La ley del 38 no tiene por base la idea de cuidar y de curar a los hombres alcanzados por una enfermedad mental sino el temor que estos hombres inspiran a la sociedad.

Es una ley de liberación.

¿Este señor es todavía digno de permanecer entre los vivos o debe ser arrojado entre los muertos?

De una camada de gatitos, se elige el más bonito y se ahogan los otros...

Los Espartanos agarraban a los niños deformes y los lanzaban desde lo alto de un peñasco.

Es una cosa de ese género que nosotros hacemos con nuestros locos.

Inclusive es quizás un poco más refinado. Se les quita la vida sin darles la muerte.

Se debería ayudarles a salir de su desgracia; se les castiga, en cambio, por haber caído en ella.

Sin maldad, pero por comodidad.

Los locos son entregados a su suerte.

Se les guarda, no se les cuida. Cuando se curan, es porque la casualidad los ha tomado como amigos.

La medicina mental no tiene fronteras definidas.

Se encierra a los que incomodan a sus allegados. Si los allegados son conciliadores, hasta los más locos quedan en libertad.

Un médico sólo tiene una consciencia; en cambio le dan quinientos enfermos.

Los toros mansos conducen bien hasta cien reses.

La locura es semejante a esos sombreros de prestidigitador, que parecen vacíos y de donde el artista extrae sin esfuerzo cien metros de cinta, una maleta, un acuario de pescados rojos, dos gallinas de Houdan y la torre Eiffel... ¡en tamaño natural!

¿En qué momento un alienado deja de serlo? Allí entramos en una bruma pegajosa. Cuando dos psiquiatras se disputan un enfermo probarán cada uno con evidencias, el uno que el enfermo está sano, el otro que el enfermo está loco. Es un pico de la ciencia todavía mal explorado. Como la cima del Himalaya: se sabe que existe pero nadie ha llegado todavía hasta allí.

Internamientos que al comienzo son legítimos, dejan de serlo como consecuencia de la evolución de la enfermedad.

¿Cómo saber que un loco ya no lo es si no se le cuida?

¡En un asilo, un hombre de mala suerte permaneció catorce años en una celda! ¿Olvido? ¿Testarudez? ¿Error? El doctor que lo hizo salir no lo sabe. El hombre pide justicia. Sigue encerrado, pero libre, en el jardín. Le expliqué que lo que le habían hecho era legal.

Los locos comen una comida de mierda.

Las tres cuartas partes de los asilos son prehistóricos, los enfermeros son de una rusticidad alarmante, las palizas son cotidianas.

Los asilos tienen créditos de preguerra. Bueno, ¿no se van a hacer algunos gastos por los chiflados? Solamente los asilos de Paris (Seine y Seine-et-Oise) tienen con qué ir al mercado.

Los otros reciben 9 francos, 7, 4.65 por loco.

Dado que las camisas de fuerza, los cinturones de fuerza y las cuerdas cuestan menos que las bañeras, se amarra a los locos en lugar de bañarlos.

Cuando la cura se consolida, se deja al convaleciente con los locos. ¡Equivale más o menos a salvar a un ahogado de asfixia pero mantener el cuerpo en el agua hasta que esté completamente seco!

El régimen de los asilos está condenado.

Un loco no debe ser vejado sino cuidado. Además, el asilo debe ser la última etapa. Hoy en día es la primera.

Sólo hay que internar a los incurables.

Los otros deben ser tratados en el hospital.

De ochenta mil internados, cincuenta mil podrían ser dejados libres sin peligro ni para ellos ni para la sociedad.

Se les ha puesto allí porque no había otro lugar y porque era la costumbre.

No se ha buscado curarlos sino encerrarlos.

Quizás ha llegado la hora de mostrarnos menos primitivos.

Un hombre ha tratado de hacer esta revolución, el doctor Toulouse.

Desde la aparición del doctor Toulouse, el ciudadano tiene derecho a las perturbaciones del cerebro tanto como al dolor de muelas. Comúnmente se le dice a este ciudadano: “Vamos primero a internarte y luego te examinaremos”. Toulouse le dice: “Primero voy a examinarte y luego te cuidaré para que no seas internado”.

Toulouse ha luchado treinta años contra los poderes públicos. Entonces le dieron un huequito en Sainte-Anne, donde funciona su “innovación”. Los poderes públicos no hablan ahora sino de la historia del doctor Toulouse. Cuando se les dice:

—¿Qué han hecho ustedes por los locos?

—¿No conocen ustedes el Servicio del doctor Toulouse?—  
responden ellos.

El Servicio del doctor Toulouse se encuentra en Paris. Es único. Se requerirían diez en la capital. Existe otro en Bordeaux. Es todo. Todo hospital en Francia debería tener su pabellón de enfermedades mentales.

¿Por qué no existe?

Porque las enfermedades mentales, hasta el año 1923, no eran consideradas dignas de hacer parte de los estudios médicos.

El estudiante de medicina pasaba su tesis sin haber seguido un solo curso sobre las enfermedades mentales. Era opcional.

No existían, pues, especialistas. En provincia, los especialistas están en los asilos. Llevar a un psicópata al hospital hubiese sido tan poco indicado como llevar una vaca con fiebre aftosa. Vaya a ver el veterinario, habría exclamado el médico. Se lleva el enfermo al asilo. ¡La trampa se cierra!

La ley de 1838, al declarar a la psiquiatría infalible y todopoderosa, permite los internamientos arbitrarios y facilita las tentativas de hacerlos.

Un pariente obtiene de un médico —por ignorancia o complicidad del médico— un certificado de internamiento. Se conduce a la víctima al asilo. El doctor del asilo se da cuenta al día siguiente del arreglo tramposo. Suelta al falso enfermo. ¿Encarcelarán al pariente y a su cómplice? ¡De ninguna manera! Tienen la ley a su favor.

Bajo la ley de 1838 se ve la cosa siguiente: médicos de asilos proponen la salida de un enfermo. Significa entonces que el enfermo ya no está loco. Se le debe liberar. Ahora bien, el enfermo no saldrá. ¿Quién se opone? ¡La prefectura!

Bajo la ley de 1838, las dos terceras partes de los internados no son verdaderos alienados. De seres inofensivos se ha hecho prisioneros condenados a penas ilimitadas.

En pocas palabras, vivimos bajo el prejuicio de que las enfermedades mentales son incurables.

Entonces, se tira a un precipicio las personas a las que se les declara alcanzadas por estas enfermedades.

Nada se hace para sacarlas del pozo.

Si ellas se curan solas y es muy evidente, se les deja escapar después de mil esfuerzos suyos.

Si gesticulan, no se les calma, se les inmoviliza.

Para ponerse en regla con su consciencia, la sociedad de 1838 construyó una ley. Cabe en estas palabras: “Este ciudadano nos incomoda, encerrémoslo. Si quiere salir, abramos el ojo”.

Nuestro deber no es liberarnos del loco sino liberar al loco de su locura.

¿Si comenzáramos?



## Programa ditorial

Ciudad Universitaria, Meléndez  
Cali, Colombia

Teléfonos: (+57) 2 321 2227  
321 2100 ext. 7687

<http://programaeditorial.univalle.edu.co>  
[programa.editorial@correounivalle.edu.co](mailto:programa.editorial@correounivalle.edu.co)

**i S i g u e n o s !**



programaeditorialunivalle